

JULIO RUELAS

MUERTO EN PARIS EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1907.



OCTUBRE DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

The title 'REVISTA MODERNA DE MEXICO' is rendered in a large, bold, serif font. The word 'REVISTA' is on the top line, 'MODERNA' is on the second line, 'DE' is on the third line, and 'MEXICO' is on the fourth line. The letters are black and have a slightly distressed or hand-drawn appearance. Behind the text, there are two illustrations. On the left, a woman in a classical-style dress is riding a spotted horse. On the right, a skeleton is riding a horse, holding a scythe. The illustrations are in a woodcut or engraving style.

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

JULIO RUELAS

Lo primero que hago al recibir las entregas de la *Revista Moderna*, es hojear el cuaderno en busca de las ilustraciones de Ruelas, y detenerme con interés á examinar cada una de ellas, grande ó pequeña, de principio ó fin de artículo, ya tenga por objeto la ornamentación de la cabeza de las páginas, ó bien el embellecimiento de las iniciales al comienzo del texto.

No me es dado expresar con distinción las emociones que me producen esos dibujos: me ponen triste, me cierran el corazón, me tornan meditabundo, me hacen caer en un caos de sensaciones oscuras. No sé qué vislumbre reveladora de cosas ignotas, descifradora del sentido íntimo de las formas y productora de sombra y de misterio, percibo en el fondo de esas creaciones, como si fuesen bosquejos escapados del arcano: líneas, figuras, luces y tinieblas que perteneciesen á un mundo desconocido.

Pocas obras artísticas, como las de Ruelas, han conseguido impresionar tan hon-

damente, no mis ojos, sino mi fantasía, no mi gusto, sino mi alma, y causarme emociones tan extrañas, tan nuevas, tan indefinibles. Es que Ruelas es un soñador de raza; mente taciturna, pensamiento meditativo, corazón esencialmente dramático. Su fantasía poderosa, profundamente romántica, sombría casi, sólo necesita un impulso, el más leve, para entrar en movimiento: cualquier cuento, cualquier poesía, cualquier palabra ponen en actividad sus ocultos resortes; cualquier alusión, cualquier sonido hallan eco en su abismo vibrante. Y allá en los profundos senos de la conciencia del artista, todo eso en un momento toma forma externa, cuerpo visible, vida óptica; así lo material como lo incorpóreo, así lo real como lo fantaseado. Para él todo es susceptible de representación gráfica: ideas, pasiones, tierra, cielo, historia, fábula; lo pasado, lo presente, lo porvenir; lo hermoso, lo horrible; el drama, la tragedia, la comedia; las albas lejanas del ideal y las noches infinitas ó las carcajadas histéricas de la vida.

Dos notas dominan en sus obras: la romántica, llena de reminiscencias de los tiempos medievales, tan caros á los poetas, y la dantesca, visionaria y casi aterradora. Echad un vistazo á la colección de la *Revista* y tendréis la prueba de ello. Allí encontraréis en dibujo primoroso, cruces místicas, catedrales góticas, estatuas yacentes, guerreros vestidos de hierro, castillos feudales, castellanas hermosas, pajes apuestos y esbeltos lebreles, al lado de figuras atormentadas con dardos y espinas, suspendidas de horcas ó clavadas en potros, canijas desquebrajadas, sujetas á quién sabe qué terribles é infinitos martirios. En medio de todo eso, hallaréis quizás algunas figuras risueñas, pero aun éstas os parecerán irónicas: faunos horribles arrebatando en sus membrudos brazos á mujeres de belleza incomparable, bestias maculando el ideal, apetitos bajos triunfando de la eterna belleza. Por todas partes la tendencia á lo doloroso.

La impresión general que surge de todas esas visiones, es la de un mundo extraordinario, de una región poblada de seres sobrenaturales, atribulados, indescifrables, casi hieráticos. Ora es un caballero armado de hierro, que corre por el campo tras su cabalgadura que huye con sus arreos á toda prisa, en tanto que un capripedo desde un matorral parece verle con soñna; ora es la figura desnuda de un hombre atado á un árbol y en cuyo torno se arremolinan las aves de rapiña; ya es un gnomo barbudo y pequeño montado sobre una enorme calavera y escribiendo en el frontal blanco y liso trazos misteriosos con una pluma de gran tamaño; ya un campo de cadáveres rígidos, en extrañas actitudes, sobre el cual se ciernen los buitres con las alas extendidas y los picos abiertos. Aquí ves á Pan tocando la flauta y montado en un macho cabrío; más allá una pareja de amantes enlazados estrecha-

mente en la penumbra de un bosque iluminado por la luna, y á lo lejos otras tier-nas parejas que se pierden entre los árboles. Para mí, todas esas figuras tienen un sentido arcano; son emblema gráfico de pensamientos ocultos; y al trazarlas el artista, ha puesto en cifra sus confusas percepciones de vidente.

Hay en Ruelas un poeta interior espontáneo y perenne. Tengo para mí que pasa la vida componiendo y trazando mentalmente, á modo de halo triste ó luminoso, arabescos y figuras en torno de las realidades corpóreas ó de las imágenes evocadas por la palabra; rodeando las cosas de un periespíritu semi-psíquico y semi-material, que las envuelve en el ropaje del misterio; haciendo tangibles las ideas y dramatizando las sensaciones; ó bien arrojando un velo sombrío sobre lo existente, destrozando las carnes del cuerpo para dejar á descubierto el esqueleto, mofándose del placer y de la esperanza, y colocando junto al emblema de la juventud y de la belleza, la forma tétrica de la muerte, reina, soberana, invicta, que corta con su guadaña cuellos albos, cervices poderosas, flores tempranas, é ilusiones, dichas y ensueños.

Hay entre la *Revista Moderna* y su dibujante una consonancia pasmosa. Es la *Revista* como un ramillete de poesía sutil, formas exquisitas, vocablos extraños, sentimentalismo neurósico, erotismo triste, ensueño vago, confusa melancolía y tenue é inconfesa esperanza; y el arte de Ruelas, impregnado de todos esos matices de pensamientos y afectos, es docto, refinado, sensual, sombrío y delirante. De todo eso dimana que, al pasar los ojos por la *Revista*, se produzca en el ánimo del lector, como resultado de aquella literatura y de aquellos dibujos, una mezcla singular é indefinible de sentimientos penosos y gratos, elevados y realistas, soñadores y desencantados, que en su conjunto forman un

todo crepuscular y melancólico, donde se hunde el espíritu como en nimbos de gloria y de dolor suspendidos entre la tierra y el cielo.

A menudo, cuando me he hallado en compañía de Ruelas en reuniones de poetas y artistas, me ha sorprendido su actitud cogitativa y silenciosa en medio del bullicio y de la algazara circundantes; y he observado con interés, á hurtadillas, su fino perfil un tanto anguloso, de espectador ausente y ensimismado. Su delgado mostacho, alzado en punta hacia los extremos, da á su fisonomía el irónico aspecto de Mefistófeles; pero su mirada grave y absorta, y la anchura y la melancolía de su frente, corrigen la expresión de aquella porción de su faz. Puede decirse que el rostro de Ruelas consta de dos partes: la inferior, mofadora, compuesta de la naricilla aguileña y del risueño bigotillo, y la superior, triste y seria, formada por los ojos abstraídos y por la frente soñadora. Tiene la fisonomía de su talento, burlona y trágica.

¿Quién pudiera seguir las evoluciones de esa fantasía en sus momentos de fiebre y exaltación? En su abismo insondable, como en un caos hirviente, surgirán y se agitarán, sin duda, mil formas rápidas: los blancos fantasmas del ideal, los negros de

la duda, los cómicos ó terribles de la vida, los deformes del vicio, los triunfales de la belleza; y los ruidos ambientes llegarán indistintos á los oídos del taciturno, como coros misteriosos de aquellas visiones que bullen, chispean, giran y se cruzan en los espacios de su mente.

No creo que, desde el punto de vista de la imaginación y de la originalidad, tenga que ceder el paso nuestro artista á ningún otro gran dibujante; á mi modo de ver, puede ser comparado con los más eminentes. Aun las obras de Gustavo Dorée, aquel rey del lápiz, no eclipsan á las de Ruelas. Dibujos hay en la *Revista Moderna* tan misteriosos, fantásticos é impresionadores, como los que intercaló aquel célebre artista en las páginas de la *Divina Comedia*.

Lo diré de una vez: para mí, Ruelas es un dibujante de genio. Nada le falta para ello: ni el estro, ni el arrebató, ni el éxtasis, ni la intuición de lo bello, ni la sensibilidad exquisita, ni la ejecución maravillosa.

Yo le admiro y le aplaudo; y siempre que le veo, me descubro ante él; no tanto por cortesía como por respeto.

(De la *Revista Moderna*. Año V, 2.^a quincena de Febrero de 1902. N.º 4).

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.





SALUTACIÓN LÍRICA

A Ruelas, hermano de Alberto Durero,
 Que exalta y anima las cosas macabras,
 Y dice más hondo que vanas palabras
 Con las finas sombras del buril de acero.

Tu «Melancolía» que grabes espero;
 Termina las copas de bronce que labras,
 Y cante tus himnos, en vez de palabras,
 Con sutiles rasgos tu buril de acero.

Levanto el carquesio de vino de Saños
 En tu honor, artista, pues ambos forjamos
 Las mismas Quimeras: tú, adusto y severo

Cual una montaña de enigmas remotos;
 Yo, cisne embrujado de lagos ignotos,
 Oh Ruelas, hermano de Alberto Durero!

LEOPOLDO DÍAZ.

Geneve, 1907.



JULIO RUELAS

Este hombre, que tanto tiempo vivió en la Muerte y con la Muerte, nos ha dejado una tarde, en visperas del Otoño, después de un largo beso á plena boca que le diera su querida de tantos años.

Y él se habrá ido tranquilamente, desdenosamente, como fué su vida alta y ejemplar; él se habrá ido encerrado siempre en su torre de marfil, desde cuyas ventanas vió pasar los cortejos trágicos de la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte. Esta palabra: la *Muerte*, y esta figura pálida y descarnada de la Muerte, y este hondo misterio de la Muerte, son como el motivo sobre el cual se ha deslizado toda la obra de Ruelas.

Y algunas veces, cuando el cuadro se hacía horrible, cuando la obsesión de la Muerte es como una serpiente implacable ligada á su cuerpo y á su pobre corazón, este hombre extraño vuelve sus ojos, todos llenos de no sé qué cosas irrealizadas á la mujer y á las mujeres, y toda su furia contenida y todo anhelo salvaje se condensan en el trazo nervioso de una pierna femenina, cubierta por una cómplice media negra, ó en los ojos todos vibrantes de lujuria de un sátiro ó acaso en una burla cruel, sangrienta, implacable hacia las cosas y los seres consagrados por todo el mundo.

Toda la vasta labor de Julio Ruelas está orientada en estas tres ideas fundamentales: La idea de la Muerte, la idea del Amor, y una idea de amargura rebelde, más compleja que las anteriores, y, por tanto, más difícil de explicar. Recorriendo la colección de la «Revista Moderna,» desde donde Ruelas lanzó á la admiración de algunos, á la comprensión de pocos y á la indiferencia idiota de los más, su obra fuerte; recorriendo, digo, esas colecciones, se encuentra confirmada esta especie de clasificación que hago, no por el vano prurito de encasillar, sino porque responde plenamente al modo de ser de este grande pintor ido.

De esta manera de ser os dirán mucho más que yo, que fui su discípulo, sus compañeros de alegrías y de penas, aquellos que en una época no lejana y más adversa que esta pobre nuestra para toda manifestación de arte en México, fueron como una roca heroica donde cada día, y contra la furia de todos los mares y de todos los cielos, se encendió juvenil, gallarda, gloriosa, la lámpara clara, llena de un santo óleo de Poesía y de Belleza. Y estos hombres, que eran fuertes porque eran jóvenes, y que fueron osados porque echaron su ancla milagrosa en mares vírgenes, supieron comprender que aquel hombre fino, cetrino,

con los ojos llenos de ensueño y de melancolía, con la nariz audaz, con la boca de sonrisa comprensiva é irónica, era uno de los suyos, y lo embarcaron en la celeste barca lirica, que zarpó en una mañana abrialeña y en una aurora fresca como una rosa.

De estos compañeros suyos, del noble y bueno y poeta Jesús E. Valenzuela, de Jesús Luján, con el alma abierta siempre; de Bernardito Couto, acorazado de juventud; de José Juan Tablada, que en su alma exquisita sabe ver y comprender allí donde tantos no vieron ni comprendieron; de Amado Nervo, con sus versos que son llenos de gracia como una Avemaría. De todos estos compañeros de Julio Ruelas, sabréis cómo era la vida y la traza y el gesto de este hombre que vivió tan intensamente, puesto que pudo dejar á los treinta y seis años una obra completa, sin desmayos, sin vacilaciones, como si su alma y su inteligencia y sus manos tuvieran un camino trazado desde el principio para llegar á la poderosa realización.

La estancia de Ruelas en Kalsrue es naturalmente decisiva en su vida y en su obra; ahí su corazón, que tenía un gran sedimento de añoranza india, se hace más contemplativo aún; ahí aprende, por la falta del idioma, en los primeros tiempos de su estancia, á estar solo consigo mismo y á escuchar el menor latido de su ritmo interior; ahí lee, ahí hace una larga amistad con Goethe, y el Fausto es su libro de cabecera desde entonces hasta su muerte. Y al mismo tiempo se da cuenta exacta y precisa de los medios técnicos de su arte, y con una paciencia y una acuidad en la que se complican el artífice indio que pule joyas de oro y dibuja extrañas cosas en los vasos de barro, y el alemán grave y atento que pinta devotamente como Alberto el de Nuremberg los cabellos de las Madonnas y las barbas de los Cristos, Ruelas tra-

baja, estudia anatomía, construye con su lápiz, razonador como un bisturí, piernas y brazos, manos y torsos. Para aquellos que hayan visto sus estudios de Alemania, es innegable la visión en ellos de una ansia, de deseo inaudito, para encontrar el secreto de la forma; para poder darse cuenta de esas cosas enormemente difíciles en el aprendizaje del oficio de pintor; y esa misma ansiedad que entonces puso para resolver los problemas técnicos de su arte, la pondrá después en su vida y en su obra para averiguar con un poderoso espíritu analítico las causas primeras del vivir. Y del fracaso, absoluto de esta tentativa de investigación filosófica, en cuyas rocas tantos han dejado la sangre de su alma, de este fracaso de su espíritu razonador, nace la obsesión de la muerte que lo dominará toda su vida.

Y cuando se siente impotente, incapaz de darse cuenta del por qué de las cosas, se refugia en la gruta maravillosa del amor que se alza en medio de la soledad del mar y entre la obscuridad contemplativa de la noche. Y ahí sufre el segundo desengaño; ahí aprende que la mujer gusta del dinero y de la fuerza del macho, y él no es rico ni es fuerte, y entonces piensa en torturas horribles para las mujeres, esas horribles torturas de algunas de sus viñetas, y entonces crea un mundo suyo, una mujer suya que hace nacer con la punta de su lápiz, y en la que puso todo lo que él hubiera querido con toda la fuerza de su alma atormentada para él en una extraordinaria fiesta de amor, en que con todo el ímpetu de un río despeñado que entra en el mar, él hubiera entrado en la carne de la Eterna Tentadora. Pero las mujeres no saben comprender que su corazón es sencillo como el de un colegial; no saben ver la timidez de su cuerpo pequeño, ni ver tampoco la poesía lejana de su mirada; y él ocultó su derrota en

las lides de amor, con una pena serena y con una sonrisa amarga, que floreció á flor de labio, bajo el bigotillo irónico.

Y del mismo modo que Watteau, tísico, crea países de Quimera, en donde los árboles tienen fantásticos colores de turquesas y de zafiros, y en que las montañas son de color de malaquita; como si el crear esos paisajes de fábula fuera un consuelo para su alma, Ruelas crea una serie de tipos femeninos fuertes, ágiles, robustos, propios para los sagrados combates del amor. Y esto nos dice que su alma era fuerte, y era grande, porque otros pintores, en su caso, tales como el admirable Toulouse-Lautrec, destilaron toda su amargura y todo el peso de sus derrotas de amor en dibujos y cuadros llenos de una crueldad inaudita contra las mujeres que no tienen la culpa de ser bellas como un huerto, y olorosas como pinos del monte, y rítmicas y reidoras como las fuentes del corazón del jardín!

Después de la estancia en Kalsrue, Ruelas viene á México y se siente ahogado, y al reaccionar poderosamente en su alma, se estereotipa en su boca aquella sonrisa desdeñosa, aquella sonrisa singular que lo hacía fuerte como un ariete contra todas estas mezquinas luchas de la vida cotidiana. Y así produce, con su obsesión de la muerte, con la eterna rosa de su amor irrealizado y con su rebeldía amarga hacia tantos valores establecidos; así su desdén inmenso por la virtud de Margarita, así el acre y sutil veneno que destilan dibujos como «Sócrates», «Antón», «Job» y otros tantos que vosotros conocéis mejor que yo.

Esto, como digo, hacía fuerte á Julio Ruelas contra todos y contra todo, y cuando, con uno de tantos clisés aprendidos, las gentes decían algo neciamente vulgar de su obra, eran tales palabras en sus oídos como una lluvia de madrugada, que escucha-

mos desde el caliente reposo de nuestras sábanas. Uno de estos clisés ha sido el de decir que no era colorista. Cuando Ruelas oía esto, sonreía como si pensara satisfecho en que había pintado un cuadro que se llama «Luján», al llegar á la «Revista Moderna», que parece hecho con piedras preciosas; acaso pensara en algunos cartones en que, soñando en Boeclyn había pintado sátiros y sirenas recamadas de pedería en medio de los zafiros y las esmeraldas, y el oro líquido de las olas; acaso recordaba la dulce armonía de grises del gran retrato de Jesús Luján, y después de esto, qué le importaba á él que hubiera por este mundo señores que pintaran esas cosas que se llaman cuadros, y esos otros señores que escriben cosas que se llaman críticas!

* * *

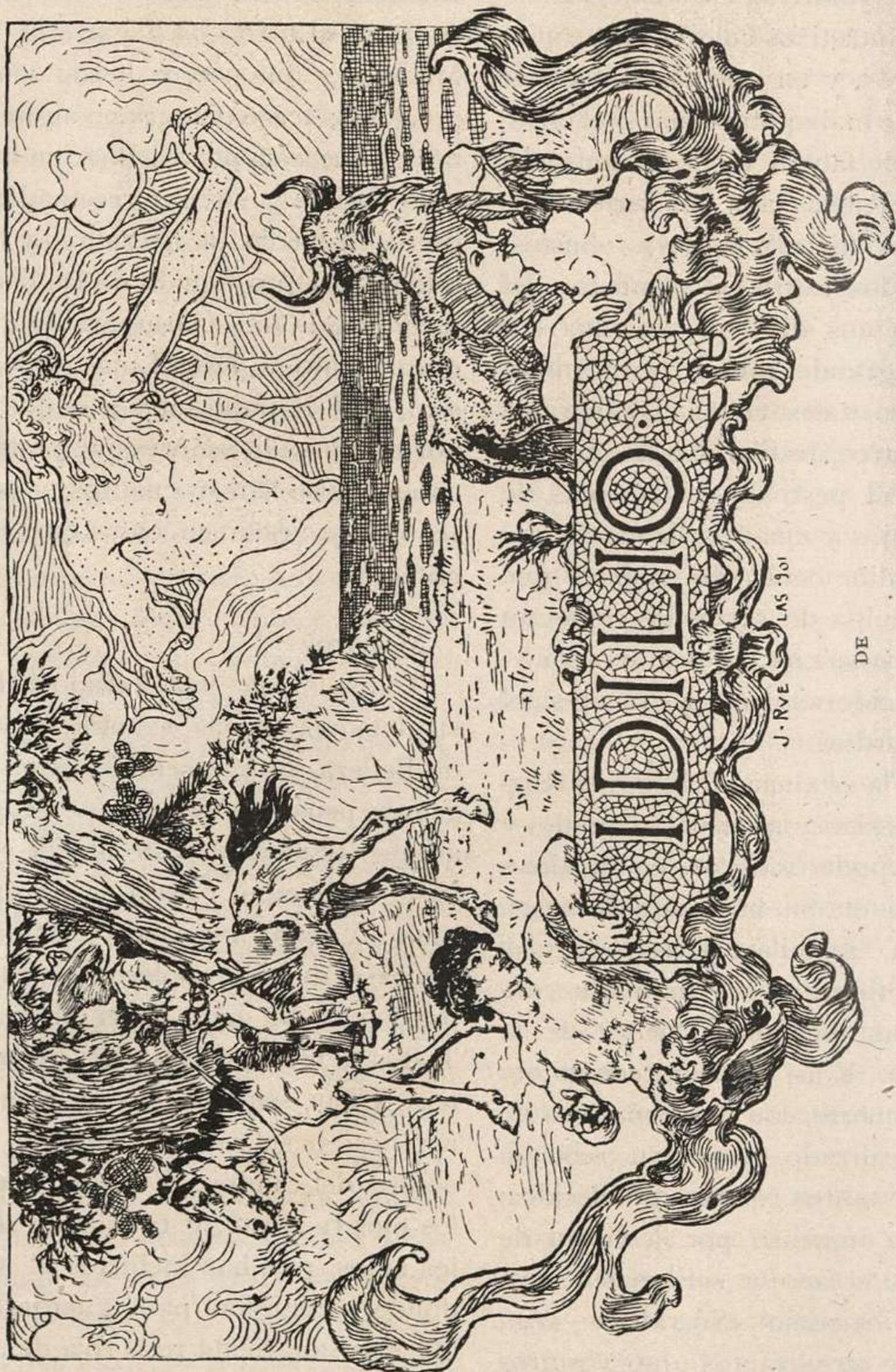
Maestro!

Todos los que han llevado ó llevan en su alma una estrella de amor, de juventud, de Belleza, se han sentido llenos de una grande pena y de un piadoso recogimiento al saber tu muerte. Esto ha sido como una vasta comunión, y esto es un gran consuelo. Y todos han salido á las puertas de sus casas cuando supieron que tú ibas á pasar por ahí para hacer el gran viaje. Todos te han visto alejarte, llenos de tristeza, y han seguido tu silueta menuda y nerviosa, hasta que se perdió en el polvo de oro del camino. Y les ha quedado en los ojos tu gesto, y tu palabra segura en los oídos, y se han inclinado al suelo, en donde recogieron para guardarla en su alma, la sangrienta rosa roja de tu amor. Y cuando la recogieron, pusiéronsela en la boca, y la rosa, como en aquella vieja y divina leyenda infantil, ha hablado y ha dicho: He vencido á la muerte! He vencido á la muerte!

ÁNGEL ZÁRRAGA.

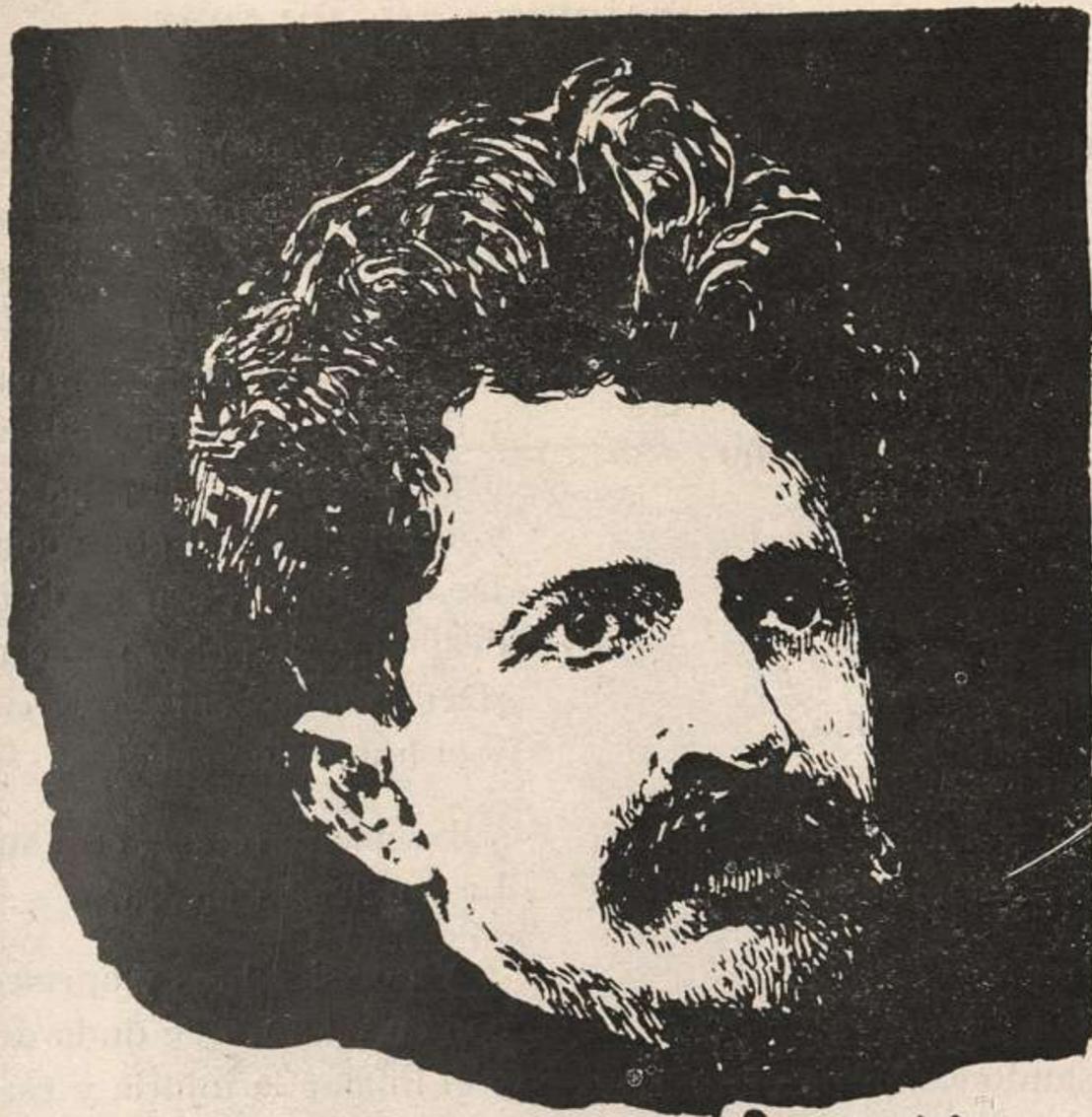
México, á 8 de Septiembre de 1907.

(De «El Diario»).



DE

SALVADOR DÍAZ MIRÓN



Salvador Díaz Mirón.

A tres leguas de un puerto bullente
que á desbordes y grescas anima,
y al que á un tiempo la gloria y el clima
adornan de palmas la frente,
hay un agrio breñal, y en la cima
de un alcor un casucho acubado,
que de lejos diviso á menudo,
y rindiéndose apoya un costado
en el tronco de un mango copudo.

Distante, la choza resulta montera
con borla y al sesgo sobre una mollera.

El sitio es ingrato, por fétido y hosco.
El cardón, el nopal y la ortiga
prosperan; y el aire trasciende á boñiga,
á marisco y á cieno; y el mosco
pulula y hostiga.

La flora es enérgica para
que indemne y pujante soporte
la furia del soplo del Norte,
que de octubre á febrero no es rara,
y la pródiga lumbre febea,
que de marzo á septiembre caldea.

El Oriente se inflama y colora,
como un ópalo inmenso en un lampo,
y difunde sus tintes de aurora
por piélagos y campo.

Y en la magia que irisa y corusca,
una perla de plata se ofusca.

Un prestigio rebelde á la letra,
un misterio inviolable al idioma,
un encanto circula y penetra
y en el alma es edénico aroma.
Con el juego cromático gira,
en los pocos instantes que dura;
y hasta el pecho infernado respira
un olor de inocencia y ventura.
¡Al través de la trágica Historia,
un efluvio de antigua bonanza
viene al hombre, como una memoria,
y acaso como una esperanza!

El ponto es de azogue y apenas palpita.
Un pesado alcatraz ejercita
su instinto de caza en la fresca.
Grave y lento, discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérgese y pesca.

Y al trotar de un rocín flaco y mocho,
un moreno, que ciñe *moruna*,
transita cantando cadente tontuna
de baile *jarocho*.

Monótono y acre gangueo,
que un pájaro acalla, soltando un gorjeo.

Cuanto es mudo y selecto en la hora,
en el vasto esplendor matutino,
halla voz en el ave canora,
vibra y suena en el chorro del trino!

Y como un monolito pagano,
un buey gris en un yermo altozano
mira fijo, pasmado y absorto,
la pompa del orto.

*
* *

Y á la puerta del viejo bohío
que oblicuando su ruina en la loma
se recuesta en el árbol sombrío,—
una rústica grácil asoma,
como una paloma.

Infantil por edad y estatura,
sorprende ostentando sazón prematura,
elásticos bultos de tetas opimas;
y á juzgar por la equivocada traza,
no semeja sino una rapaza
que reserva en el seno dos limas!

Blondo y grifo é inculto el cabello,
y los labios turgentes y rojos,
y de tórtola el garbo del cuello,
y el azul del zafiro en los ojos.
Dientes albos, parejos, enanos,
que apagado coral prende y liga,
que recuerdan, en curvas de granos,
el maíz cuando tierno en la espiga.

La nariz es impura, y atesta
una carne sensual é impetuosa;
y en la faz, á rigores expuesta,
la nieve da en ámbar, la púrpura en rosa,
y el júbilo es gracia sin velo
y en cada carrillo produce un hoyuelo.

La payita se llama Sidonia,
Llegó á México en una barriga;
en el vientre de infecta mendiga
que, del fango sacada en Bolonia,
formó parte de cierta colonia
y acabó de miseria y fatiga.

La huerfana ignara y creyente
busca sólo en los cielos el rastro;
y de noche imagina que siente
besos, ¡ay! en los hilos de un astro.
¿Qué ilusión es tan dulce y hermosa?

Dios le ha dicho: «*sé plácida y bella;
y en el duelo que marque una fosa
pon la fe que contemple una estrella!*»
¿Quién no cede al consuelo que olvida?
La piedad es un santo remedio;
y después, el ardor de la vida
urge y clama en la pena y el tedio
y al tumulto y al goce convida.
De la safia el pesar se distrae,—
desplome de polvo y ascenso de nube.
¡Del tizón la ceniza que cae
y el humo que sube!

La madre reposa con sueño de piedra.
La muchacha medra.

Y por siembras y apriscos divaga
con su padre, que duda de serlo;
y el infame la injuria y estraga
y la triste se obstina en quererlo.
Llena está de pasión y de bruma,
tiene ley en un torpe atavismo,
y es al cierzo del mal una pluma. . . .
¡Oh pobreza! ¡Oh incuria! ¡Oh abismo!

*
* *

Vestida con sucios jirones de paño,
descalza y un lirio en la greña,
la pastora gentil y risueña
camina detrás del rebaño.

Radioso y jovial firmamento.
Zarcos fondos, con blancos celajes
como espumas y nieves al viento
esparcidas en copos y encajés.

Y en la excelsa y magnífica fiesta,
y cual mácula errante y funesta,
un vil zopilote resbala,
tendida é inmóvil el ala.

El Sol meridiano fulgura,
suspense en el Toro;
y el paisaje, con varia verdura,
parece artificio de talla y pintura,
según está quieto en el oro.

El fausto del orbe sublime
rutila en urente sosiego;
y un derribo de paz y de fuego
baja y cunde y escuece y oprime.



Ni céfiro blando que aliente, que rase,
que corra, que pase.

Entre dunas aurinas que otean,—
tapetes de grama serpean,
cortados á trechos por brozas hostiles,
que muestran espinas y ocultan reptiles.
Y en hojas y tallos un brillo de aceite
simula un afeite.

La luz torna las aguas espejos;
y en el mar sin arrugas ni ruidos
reverbera con tales reflejos,
que ciega, causando vahidos.

El ambiente sofoca y escalda;
y encendida y sudando, la chica
se despega y sacude la falda,
y así se abanica.

Los guiñapos revuelan en ondas. . . .
La grey pace y trisca y holgándose tarda. . . .
Y al amparo de umbráticas frondas
la palurda se acoge y resguarda.

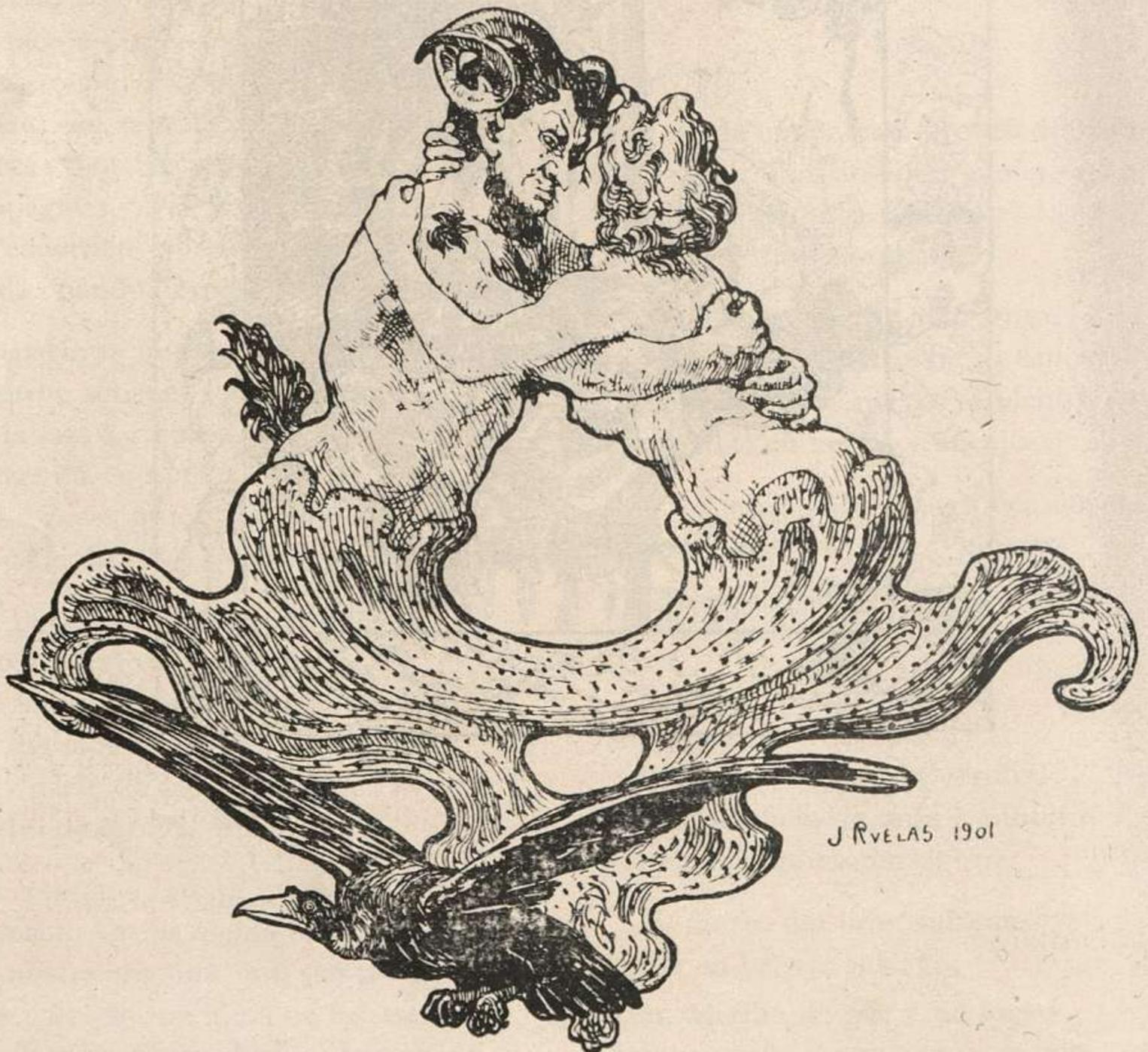
Y un borrego con gran cornamenta
y pardos mechones de lana mugrienta,
y una oveja con bucles de armiño,—
la mejor en figura y aliño,—
se copulan con ansia que tienta.

La zagala se turba y empina. . . .
Y alocada en la fiebre del cielo,
lanza un grito de gusto y de anhelo. . . .
¡Un cambujo patán se avecina!

Y en la excelsa y magnífica fiesta,
y cual mácula errante y funesta,
un vil zopilote resbala,
tendida é inmóvil el ala.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(NOTA.— Del libro «Lascas» Reproducido con
autorización del autor. De la *Revista Moderna*.
Año IV, 2.^a quincena de Agosto de 1901).



J REVELAS 1901

LA LLEGADA DE LUJÁN A LA "REVISTA MODERNA."



J. RUELAS - 1904 -

Capricho al óleo de Ruelas (adquirido por nuestro Director Jesús E. Valenzuela).



EXEGESIS

DE UN

CAPRICHOS AL ÓLEO, DE RUELAS

La extraña ribera de un fabuloso mar azúreo y esmaragdino, con circunflejos toques de luz y horizonte de monstruosas nubes, es el teatro de una escena que parece arrancada á las «Metamorfosis» de un Ovidio rabelesiano, dibujada por el maestro de los «Caprichos» y empapada en color por Tiépolo ó Tintoreto. Un personaje principesco, suntuoso, caballero en blanco hipotauro unicornado, es bienvenido por lírico centauro y cae en plena «Isla del Doctor Moreau,» en el riñón de la más rara «menagerie,» entre una asamblea de criaturas híbridas y mestizas, con testa humana y cuerpos bestiales, de una fauna real, legendaria ó simplemente soñada. Una águila herida en pleno vuelo muestra su alón mutilado y sangriento, junto á su potente remo caído en tierra, como un despojo; una verde ave trepadora, limita su andar trabajoso al disco de una cha-

rola; sobre las ramas de añoso roble un semicabro, ávido y jocundo, aprieta contra su pecho un caudal tesaurizado; al pie del árbol una serpiente de azul gelatina y viscosa faz humana, devora saturninamente pomas de oro, y cerca del rampante ofidio, una figurilla delicada y luctuosa, como un exvoto de Tanagra en duelo, no sabe qué hacer de su tristeza en medio de aquella mascarada zoológica. . . . En último término plañe un miope avestruz auleda, un distraído casoar tamborinea y pendiendo de una rama del árbol, estrangulada por eficaz sogá, contraída en rictus agónico, entrega su putrefacción á las brisas oceánicas, la espantable carroña de un sátiro, la vera efigie de maese Julio Ruelas. . . .

Pues como Rembrandt pintó el memorable cuadro del «Gremio de traperos,» y Holbein los retratos ilustres del «Rey en

la orgía,» así, en grotesca deformación, creyó nuestro artista deber perpetuar las efigies de un grupo de sus compañeros de pugnas artísticas y de entusiasmos jóvenes y ya remotos. Así se ve en el cuadro, grotesco y magistral, el núcleo de literatos y pintores que hace más de un lustro fundaron la «Revista Moderna,» iniciada por Bernardo Couto Castillo, realmente funda-



Bernardo Couto Castillo, muerto el 3 de Mayo de 1901.

da y bravamente sostenida por Jesús E. Valenzuela; y vigorizada y salvada de probable muerte por la noble y generosa intervención de D. Jesús E. Luján.

Así el lienzo, en cierta manera votivo, conmemora ese advenimiento. Por eso el membrudo Kirón, el lírico centauro presenta, con ademán brioso, á la fauna fraternal, con el habitante de aquella Isla de oro del archipiélago ideal. . . .

Bajo su máscara de obsidiana, arde el cerebro de Ruelas, como una lámpara de Aladino, revelando con su fulgor los más hondos tesoros de los subterráneos de la Idea. Bajo su máscara grave y emaciada como la testa momificada de un emperador Inca, proyecta la Vida una Visión rara y única, como el sueño de opio de una siniestra pipa. Puede el artista parecer realista á un observador superficial; pero, en verdad, Ruelas no ha tenido mayor enemigo que la misma Realidad. Su genial

afán de crear, se estimula con el tónico amargo de la Vulgaridad. Odia lo ya hecho, odia el clisé, odia el *poncif*, y por justa reacción contra la *platitudo* ambiente, saca de sus hipogeos cerebrales esas creaciones fabulosas, hijas del Miedo, del Caos y de la Muerte, criaturas del fondo del mar y de los «sacos de carbón,» abismados entre los ríos de ópalo de la esplendorosa vía-láctea. Su obra es «tragedia,» en la inicial y pura significación del vocablo «canto del sátiro,» oda robusta y bestial, salvaje himno panteísta, sólo que peculiarmente esterilizado y á propósito sutil, porque Ruelas, exquisito y aristócrata en arte hasta la anarquia, no puede soplar en la syringa donde mil vocas soplaron. Por eso adora á la Mujer y es misógino, y él, príncipe de Ideal, oficia con ritos de la más carnal alquimia y cánones de fetichismo y de pecadora látria. Desciende de Orcagna, Goya es de sus antepasados, es su amigo Böecklin; pero, á pesar de todo, bajo la máscara de obsidiana de su rostro austero y fino, animando su emaciada testa de emperador Inca, alienta un espíritu fuerte y adamantino, digno de corporizarse en un ágil y luminoso arcángel de Sandro Boticelli. . . .

* * *

Un pintor al *coldcream* ó á la velutina, hubiera ataviado al lírico tropel de artistas y pintores con todos los accesorios de una banal guardarropia de teatro; hubiera prendido románticos brocados, y colgado laudes sentimentales, y pintando un claro de luna, y la camelia de Traviata, y el cuervo de Jorge Isaacs. Y hubiera pintado un clisé más. . . . Ruelas, desde su arrecife solitario, desde el islote sombrío de su reino interior, era otra visión la que veía. . . .

Por eso Valenzuela, es un membrudo

centauro; Urueta, un ofidio gelatinoso y azul; el pintor Izaguirre, un egipcio avaro; Dávalos y Rebolledo, dos casoares sonoros; y dos notas de velada elegía, dicen, el fin lamentable y prematuro de Bernardo Couto, el «conteur» genial, y de Chucho Contreras el escultor. Por eso cuelga al autor del cuadro exvoto y conmemorativo ejecutado por sino adverso, expiando el crimen de haber tenido genio en la isla fecunda al Trigo y estéril al Laurel. . . .

Mañana, el pequeño lienzo caprichoso y panteísta, será célebre; será célebre, cuando, cansada de tener ferrocarriles, fábricas y casas empacadoras, quiera la patria tener Intelectualidad. Mañana, cuando la cultura sea un estado de alma común, han

de verse con interés esos rostros de artistas y pintores que en un tiempo hostil é ingrato no olvidaron que la belleza tenía altares.

Y mañana todavía se verá con interés, entre ese carnaval zoológico, entre esa fauna teratológica, al animal más raro; al monstruo más extraño; al rico *home* que da su riqueza á una empresa intelectual; al entusiasta generoso que, en vez de ser punto de bacarat ó *chauffeur* de malos automóviles, dora con su oro una ilusión.

Tal monstruo, tal *rara avis*, el Meceñas, fué en este caso D. Jesús Luján. . . .

JOSÉ JUAN TABLADA.

(De la «Revista Moderna,» Vol III, 1904-1905).



Eterna Salomé.



J. RUELAS · 1902 ·

EN LA NOCHE



Jesús E. Valenzuela.

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,
ansié la muerte, la busqué yo mismo;
y á las negras orillas del abismo,
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,
me dijo así su voz: aliento cobra,
valor para la muerte es lo que sobra,
valor para la vida es lo que falta.

Y un estremecimiento entre el follaje
(de hojas y aves) murmuró á mi oído
las notas de un cantar nunca aprendido
en las largas etapas del viaje.

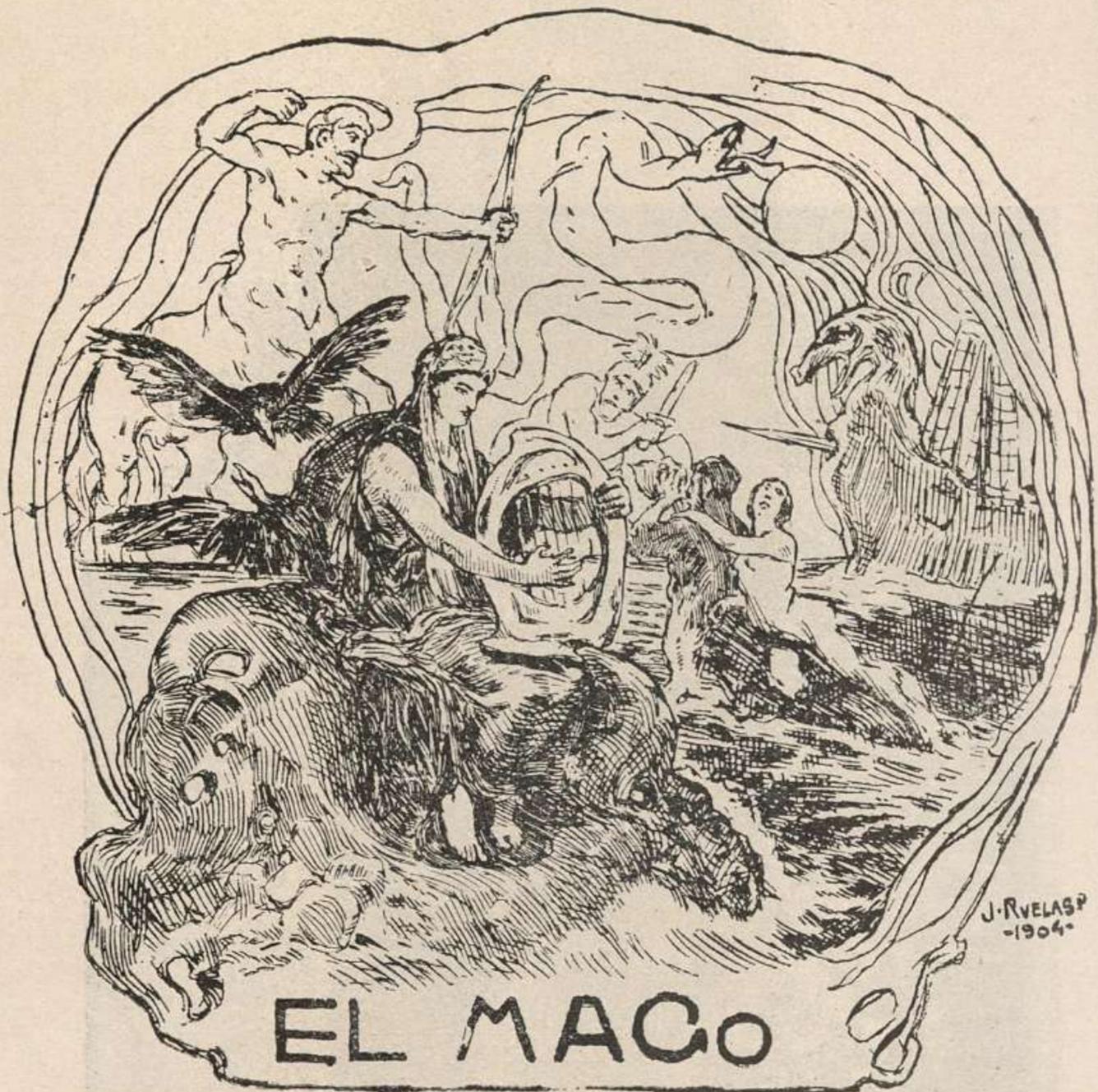
Y en reversión hacia la edad primera,
á la voz inefable del maestro,
escuché en mi redor el *Padre Nuestro*
que repetía la Natura entera.

No fué su voz la dura del reproche,
sino dulce de amor y de ventura;
así en mis fuertes horas de amargura
me habló Jesús en medio de la noche.

JESÚS E. VALENZUELA.

(De «Almas y Cármenes»).





EL MACO

Yo marcho
y un tropel de corceles piafadores
va galopando tras de mí.

Yo vuelo
y me sigue un enjambre de condores
por la inviolada majestad del cielo.

Yo canto
y las selvas de música están llenas
y es arpa inmensa el florestal.

Yo nado
y una lírica tropa de sirenas
va tras mí por el mar alborotado.

Yo río
y de risas se puebla el éter vago,
como un coro de dioses.

Yo suspiro
y el aura riza suspirando el lago;
yo miro; y amanece cuando miro.

Yo marchó, vuelo, canto, nado, río,
suspiro, y me acompaña el Universo
como una vibración: Yo soy el Verso,
¡y te busco y me adoras y eres mío!

AMADO NERVO.

(De "Jardines Interiores.")



ESPECTROS HEROICOS

J. RUELAS
-1902-

*

(Los dibujos marcados con * son propiedad del Lic. Abel C. Salazar, poeta colaborador de la «Revista Moderna.» Dichos dibujos, originales todos, que debemos á la gentileza de éste, son ilustraciones de un libro en prensa).

MÁSCARAS*



el Revista
-1903-

JULIO RUELAS

Desde que la *Revista Moderna* empezó á publicar las acuarelas, viñetas, *cul-de-lamps* y demás ilustraciones de Julio Ruelas, hubo en todos los círculos artísticos de América, un movimiento de simpatía y de aplauso hacia el joven dibujante, que mostraba una inspiración tan nueva, tan poderosa é imprevista. Este movimiento de simpatía, se ha convertido en todas partes en una admiración sin reserva, á la cual ha seguido

la convicción unánime de que Ruelas es el primer dibujante de la República y probablemente el más inspirado de América.

Su numen no es pagano, no halla belleza en la blanca amplitud del arte griego. Es para él este arte, demasiado luminoso y demasiado harmónico.

La inspiración de Ruelas complácese en la sombra, en la angustia, en el tormento. Es dantesca por excelencia. Viene del In-

* De la «Revista Moderna, año VI, núm. 6.

fierno, á través de Goya Nadie como él ha sabido traducir el dolor, un dolor que eriza los cabellos, que hace pensar en un mundo fantasmagórico de suplicios.

Las creaciones atormentadas de Ruelas, se retuercen sin esperanza en limbos tétricos. Sus símbolos dejan traslucir no sé qué pesadillas inenarrables.

Este gran expresivo, es un gran inquisidor. Torquemada no inventó jamás el espanto que él imagina. Los chinos, doctores

en suplicios, comprenderían el horror de sus suplicios.

Ese numen es hijo de la noche y del Erebo; pero qué hijo tan augusto y sombríamente bello!

Ruelas está aún *en medio del camino de la vida*, á la entrada de la *selva oscura*. El arte espera de él nuevas y poderosas revelaciones.

1903.

AMADO NERVO.



La Leyenda de la Reina Mora.—Aguafuerte de Julio Ruelas. 1906.



A JULIO RUELAS

Oh hermano trágico, se advierte,
como un espanto alrededor
Por nuestro cielo va la muerte
con su gran sombra de pavor.

Ya no tu mano, sabia y fuerte,
tiene su lírico temblor
Tu mano egregia yace inerte
Tu mano, fuente de dolor.

En el plafón de mi capilla
vive tu inmensa pesadilla
que hondos tormentos en mí vierte.

Oh, pobre hermano muerto en flor.
Fuiste el amante de la Muerte,
ella te salva con su amor.

RAFAEL LÓPEZ.

México, Septiembre 18 de 1907.



EL ARTE DE RUELAS

(Para la "Revista Moderna.")

Desde el *Centauro en agonía* hasta *La escalera del Dragón* (1898-1907), las dos obras maestras que abren y cierran una y otra el paso de exhalación de este artista peregrino en la «Revista Moderna,» el arte de Julio Ruélas es un arte de muerte. Entró agonizante en el arte. Y yace fosilizado en la cripta de su angustia, como su dragón palíngeno, que parece renovarse en un nuevo dolor para llorar su eterna muerte!

Ruélas viene de Böcklin —el artista que nace sin ilustre abolengo no es ilustre,— y deslumbrado en su adolescencia por el vigor panida del fuerte evocador, tomó con el acaloramiento febril de su eclosión interna —Ruélas era un volcán en apariencia extinto— las formas nemorosas y oceánicas encarnadas en núbiles cuerpos lascivos, todos sentidos para gozar enervadoramente la vida, y fué neohelenista por su arte de lujuria, contagiado por la adoración del sexo de una época de decadencia. El licornio y la hamadriada de *Schweigen in Walde*, las estinfálidas de *Sirenen*, los tritones y nereidas de *Meeresidylle*, las sirenas gozosas de *Spiel der Najaden*, los centauros fieros de *Centaurenkampf*, los sátiros sedientos de *Frühlingsreigen*, deslumbraron la adolescencia de Ruélas con sus osadías carnales, con el movimiento vibrante y raudó, con su libertinaje á pleno sol, con su animalidad espasmodiada y loca, con la verdad pasmosa de la carne y la naturaleza. —«Es agua»— me decía describiéndome la hermosura del

Idilio en el mar de Böcklin; —«se transparente, fluye, podría cogerse en el hueco de la mano.» Y este fervor del joven latino para el cultor de su intelecto, era el sello de su genealogía y la semejanza armoniosa del viejo roble con el arbusto que crecía lentamente en la tierra virgen de América.

Pero Ruélas era un espíritu agostado. El esplendor de la carne jugosa y fibrosa acabó, como en las razas caniculares, por enervarlo, por constituir en su delineamiento un placer licencioso; y, como en todos los agotamientos, aquel placer vitando convirtiéndose en morboso, y de morboso transformóse en sádico; y así las mujeres de Ruélas, amorosamente dibujadas antes para el amor, lo fueron después fervorosamente para la tortura, exquisitamente supliciadas en un cerebro atormentado por las garras de esfinge del amor y la muerte. Rehuyó el placer sano, oloroso y frugal de la juventud; las bellas epidermis de rosa abiertas al sol como una flor, para preferir estudiar la luz falsa en las sedas refrangibles y en las carnes maceradas bajo los polvos de arroz, en el semifulgor acorde con su sensibilidad enferma; y acabó por renunciar el color. Sintióse bastante fuerte con la magistral ironía de su lápiz, desdeñoso de otro concurso para producir la emoción, y lo que el pintor perdió en plenitud luminosa, realzó al dibujante en concreción. El vigor del rasgo tenía que bastar á la indemnización de la pérdida del matiz en un ojo educado largo tiempo



Aguafuerte de Julio Ruelas.

para sorprenderlo y devolver en sensación delicada y sutil el placer interno que había sentido al gozarlo; y el orgulloso esteta que vivía antes lejos de su medio, en las edades caballerescas y en los cuentos de hadas que poblaron su infancia de sueños romancescos, y que á su pesar marginaron toda su vida, convirtiéndose en tragediante de sus propios males; castigó con los más crueles suplicios sus derrotas y sus caídas: de irónico fué sarcástico, sardónico, estoico, vengativo, cruel, verdugo de su alma condenada á muerte, necrófago de su propio corazón!

Probó para su espíritu todos los suplicios, ensayó todas las torturas, padeció todas las pesadillas siniestras de su obsesión de la muerte, de su espasmo eterno de dolor, de su satánico goce de terror. Si un niño quedaba abandonado y muerto en la soledad, era para que un perro devorara sus entrañas; si un crucificado agonizaba, era para festín vivo de buitres; si un ahorcado era suspendido en un pozo, era para que surgiera un saurio á recibirlo en sus fauces; si anclaba el ancla de una esperanza, era para clavar por el pecho una mujer en flor. Y ese niño era su hijo puesto que era su obra; y esos suspendidos eran sus deseos premiados en la cruz y en la horca de sus tribulaciones; y esa esperanza hendida era la suya!

Para un extraño podrá ser esa danza macabra de Ruelas una pasquinada. Para mí era un suplicio perpetuo. Una noche que lo dejaba temprano en el umbral de su casa, persuadiéndolo de que debía descansar, me dijo en perfecto equilibrio, rompiendo su impasibilidad genuina: —«Si me acuesto sin sueño, veo en la obscuridad que grandes culebras se desanillan en los rincones. No puedo descansar.»— Y volvimos al bar. No descansaba jamás el tormento de su imaginación. Pronto la forma humana fué para el artista visionario un valladar corpóreo y entonces recurrió al esqueleto. Estudió, animó, sensualizó, estilizó el esqueleto como nadie. Para su cauchemar calenturiento de tísico, necesitaba demacrar su fantasía desligándola de toda ilusión, y una ronda de ninfas en los bosques, soñada por su po-

bre alma sedienta de amor, transformábase en un aquelarre de brujas, y más tarde en un orgasmo de esqueletos. Las osamentas eran para Ruelas la suprema verdad de la miseria humana, y esta convicción y este desencanto, hiciéronlo desnudar de su tez de flor á la belleza, primero, y después de su contorno lírico y pulposo; y la grotesca articulación surgía á causar la hilaridad de los alegres y el terror de los tristes, porque solamente los cogitabundos abrevados en el mar muerto de las desolaciones que han segado el páramo de su alma, pueden saber del triunfo de la muerte.

Ah, si aquella alma precita no hubiese vivido obsesa en sopor de muerte, qué imaginación hubiera florecido! Ved sus princesas de Corte de Amor, sus caballeros de armaduras rutilantes como crustáceos al sol, sus pajes blondos y boquirrubios, sus perfiles aquilinos de césarina en sus mujeres gráciles, la energía de sus bocas floridas y plegadas en botón, la esplendorosidad de las caderas de ánfora y los hombros de lira de sus hembras de placer, la altanería ceñuda de sus cejas de predominio, la divinidad del alma en sus encarnaciones extraterrestres. Si dibujaba un arcángel, poniale por afinidad de aristocracia las alas suntuosas que Seggantini puso en su *Liebe an der quelle des Lebens*, y se ascendía al ensueño en esas alas. Espiritualizaba lo vulgar. Si copiaba un impasible rostro plebeyo, rigurosamente real, poniale al oído una estinfálida de cabellos verdes como su fronda matriz, que idealizara la abstracción de unos ojos errantes. Semejante á un paciente arácnido, envolvía en una red misteriosa sus viñetas, para pasmo de los sandios, y en esa labor era comparable al gusano de seda que tejiese el capullo mortuorio de sus sueños.

Desencantado, huraño, enfermo, hastiado de cuerpo y alma, prefirió su arte macabro y goyesco que exacerbó hasta el entenebrecimiento. Y fué, por tanto, más personal. Su vuelo lírico era prestamente cortado por su obsesión dantesca, y si un beso de amor resonaba en el bátratro, era apagado por el rugir del cócito en un castigo ho-

rendo. Y por un contraste, la vida de que descarnaba las osamentas, la infundía á las cosas, daba brazos á los árboles, ojos á los cantiles, miembros dolorosos á los seres arraigados á la tierra maldita. Panteisaba hasta dar rostros airados al sol y al huracán, rostros de seducción á las deidades bienhechoras como Selene y la Aurora, pero no en clisés renovados, sino en concepciones raras y turbadoras que hacían soñar ó hacían sufrir. Sus obras de composición complicada, en la que á primera vista impera la muerte, son, bien examinadas, de una pujante vida extraña: hojead su libro de horas que es esta revista, pues aquí vivió día á día é instante por instante; y tropezad con cualesquiera alegoría de Ruelas: el tren de la muerte ha pasado y ha sembrado de cadáveres, más bien de esqueletos, la vía; un paisaje de desolación hace estremecer de pavor; pero los ojos escudriñan y ven espantados que el campo de muerte ha sido sacudido por el choque de la catástrofe: los montes vacilan y parecen desplomarse al cataclismo; los árboles, como en el verso del gran poeta, bregan por desprenderse y huir; las cosas petrificadas de estupor tienen ojos para ver pavoridas; el tren es una inmensa carroña en pesadilla demoniaca, huyendo inexorablemente y aplastando en su huida el vértigo Es el esqueleto de un corsario que se ha descarnado, clavado á la proa de su buque; pero que os mira fijamente con las pupilas de fuego de sus órbitas huecas, airadamente, implacablemente, y entonces descubris un febril movimiento de vida en tan minúscula viñeta: el corsario satánico ha infundido el odio de su mirada á los elementos ciegos, y el viento hincha las velas semejantes á alas trianguladas y membranosas de un díptero horrendo, y la hélice torbellinea en las aguas sanguinolentas, y la velocidad balancea el cadáver de un viejo ahorcado á babor, y en púas curvas y airadas van clavados en torno cuerpos desnudos de sacrificados, y en el mástil va prendida como un trofeo una cabeza cuyos cabellos barre el viento, y el corsario insaciable pide exter-

minio y muerte, y á su diabólico deseo el barco vuela raudo y monstruoso como un vampiro . . .

Tal poder profanador de la muerte era un reto y una rebelión en que el burlador quedaría un día vencido. Flemático y soberbio, sagaz y capcioso, con la videncia de que perdía en el juego espantoso, cuando la idea perpetua de la muerte lo enloquecía abrumadora y cruel, empuñaba su arma terrible de disector y la muerte surgía epiléptica, histriónica, dislocada, obscena, puesta en picota por el fuerte artista que delicadamente, sutilmente, descarnaba la vergüenza del esqueleto para exhibirlo en toda su odiada desnudez impúdica. Nadie hizo dar más cabriolas á la muerte. La zarandea como á una marioneta, la manejaba con prestidigitación funambulesca, la obligaba á bailar á todas horas la danza macabra. ¡Pobre artista! El hastío le había dado aquel juguete como los libros de caballerías le dieron el Galaor acorazado, y como en la adolescencia, lirizó el modelo fantástico y lo hizo leitmotif de su monodrama apasionado.

En la última faz de su vida quiso, sin embargo, sacudir su sueño de muerte. Una segunda primavera parecía haber florecido en su espíritu; su punta seca realzaba en nitidez pura la piedad, el amor, la caridad, en bellos y perfectos símbolos; la madurez le brindaba copiosos frutos granados que hacían menos desoladora su concepción del arte plástico; transformábase en más humano, y acusaba un respeto profundo y sentido del detalle finísimo y armonioso para el conjunto de la composición, que lo hubiera llevado al ideal de perfección que alcanzó Albrecht Dürer en su *Amione raptada por el tritón*. Sus antiguas alucinaciones aparecían solamente de tarde en tarde, pero encarnadas ya en donairosas formas por el apasionado amator, y el estudio ampliamente libre en un vasto campo de acción, lo reabsorbía y lo regeneraba, abriéndole lejanos espejismos de gloria. El arte le había trazado una ruta definitiva en que su personalidad surgió brillante y sólida, acrisolada en



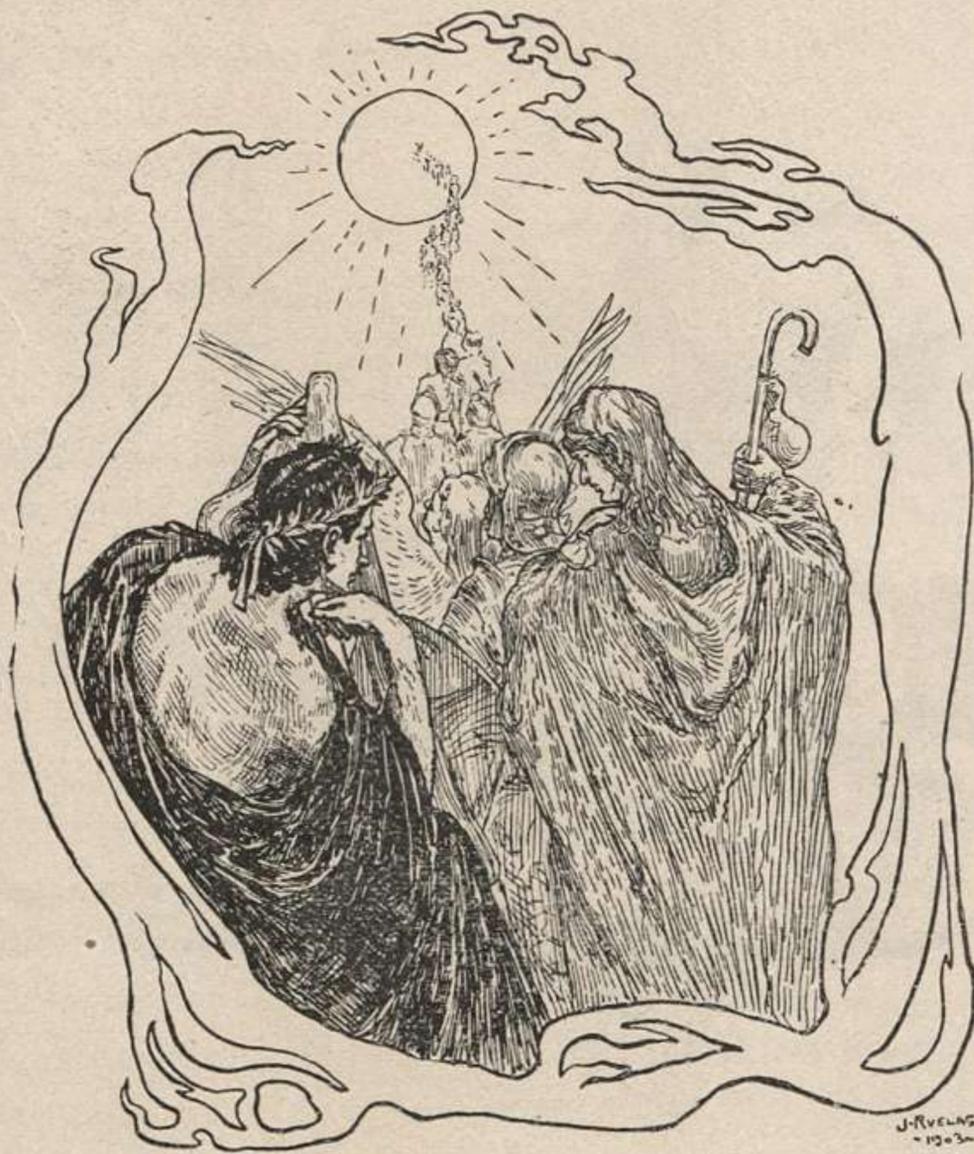
Aguafuerte de Julio Ruelas.

la depuración del aquafortista. Halló en París un maestro del procedimiento que se descubrió ante la genialidad del dibujante, diciéndole en la primera entrevista en que Ruelas solicitaba su dirección: «Sois un maestro!» Y le enseñó con amor su arte. Solamente faltaba que una revista europea hubiese lanzado al artista para universalizarlo, cuando la muerte, que había tolerado tanto tiempo el infantil juego — para la muerte todos somos niños, — extrañó acaso que aquel duendecillo que la había hecho danzar tan hábilmente, como hacía un siglo Thomas

Rowlandson, la dejara en paz; y husmeó, y hurgó, y escudriñó, y hallando al fin á aquel hombrecito nervioso y fino, delicado y pulcro, gastado por los placeres y consumido por los dolores, escapado milagrosamente de una congestión pulmonar, inclinóse sobre su nariz árabe y sus ojos mongólicos, y tocándolo suavemente con sus dedos helados, acaso con intención de reanudar la antigua amistad, hizo que el enfermo abriera débilmente los ojos. . . . Y al ver en realidad el espectro de la muerte, Ruelas expiró.

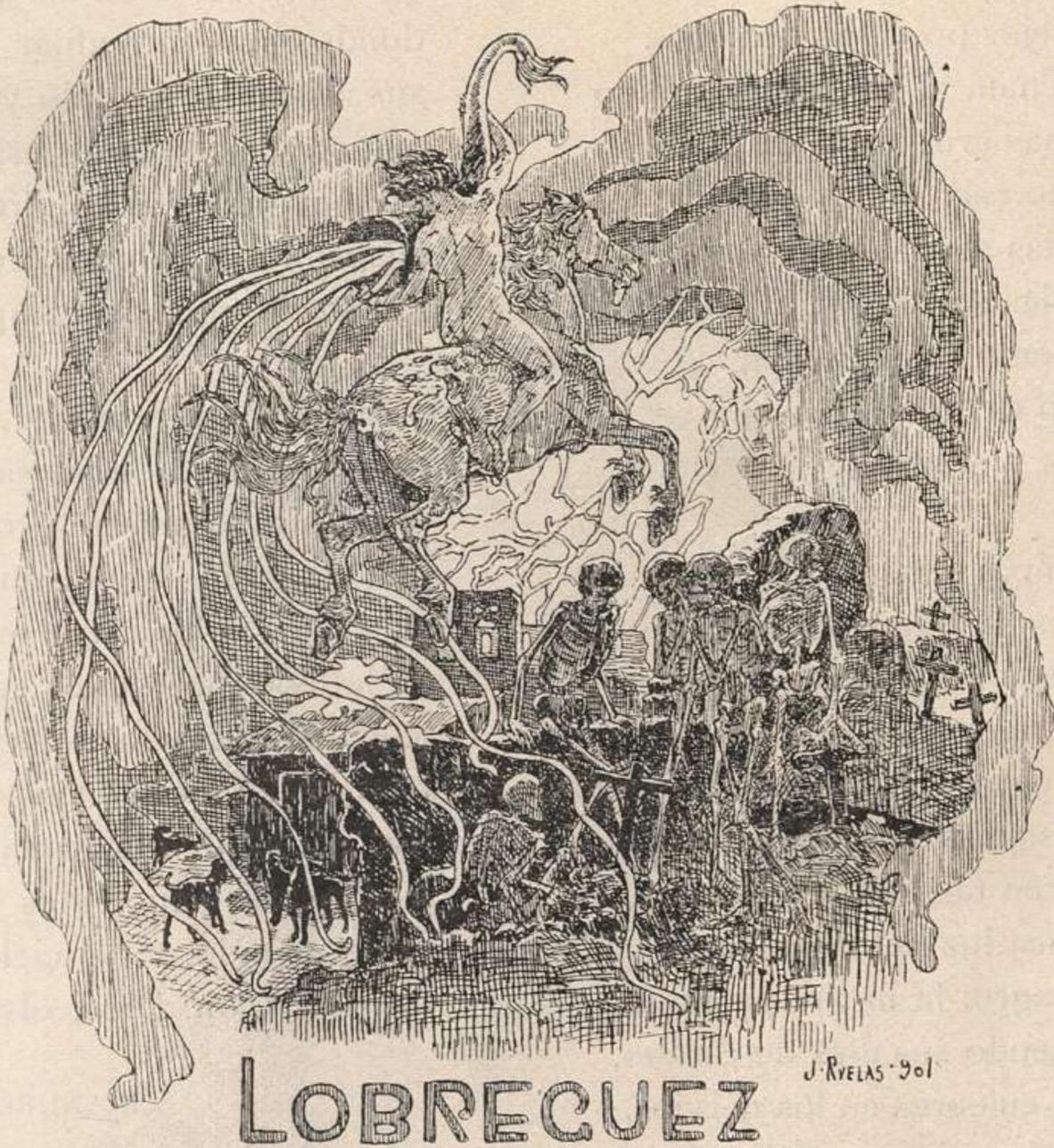
RUBÉN M. CAMPOS.

1907.



ALMAS PROFÉTICAS

*



LOBRECUEZ

Bajo un cielo plomizo y ventoso,
 por aristas de piedra cortado,
 el paisaje monótono duerme
 en profundo y solemne letargo.
 Todo es gris: la silueta del monte,
 el inmóvil y frío remanso
 que refleja en sus ondas oscuras
 un jirón sepulcral del espacio;
 los barbechos de glebas grietadas,
 donde yace el rastrojo hacinado,
 olvidadas están las coyundas
 y descansan los rotos arados;
 los corrales de piso fangoso
 que han hollado pezuñas y cascos,
 sobre el cual, por el aire impelidos,
 flotan acres y fétidos vahos;
 el humilde jacal del labriego,
 mal envuelto en los grises andrajos
 que el aliento de Otoño arrebató
 del humoso fogón solitario:

el derruido y vetusto convento
 de sillares musgosos y pardos,
 otro tiempo de monjas refugio
 y hoy albergue de espectros y cárbos;
 hasta el río de gárrulas ondas
 y cristales bullentes y claros,
 so las húmedas nieblas, yacentes
 hoy está, moribundo y helado.

Ya lobrece. Las sombras nocturnas,
 como espesa humareda, borrando
 van el triste confín de occidente
 con un negro y furioso brochazo.
 Zumba el Bóreas; los vientos aúllan
 remolinos de polvo aventando
 y barriendo las nubes que corren
 en tropel tumultuoso y fantástico.
 La hojarasca crepita dispersa
 por las calles tortuosas del rancho,

do se ve agonizar un destello
 tras los viejos postigos cerrados.
 Y se escuchan, al par, el chasquido
 de las ramas crugiendo en el árbol
 y el pesado caer de las gotas
 en las áridas sendas del campo.
 Las tinieblas se cuajan. El cielo
 doloroso, en un círculo trágico
 va ciñendo del torvo paisaje
 los perfiles y el hórrido espacio.

El relámpago azul fosforece,
 una cárdena herida trazando
 en la lóbrega nube, que se abre
 al sentir el feroz latigazo.
 Todo es negro: las sombras envuelven
 valle y bosques, montañas y llanos
 que aparecen tan sólo un instante,
 á la eléctrica luz del relámpago.
 Todo es negro: la noche profunda
 va extendiendo sus alas de cárabo,
 y el terror culebrea en los nervios,
 el cabello y la piel erizando.
 A lo lejos, al fin de la senda

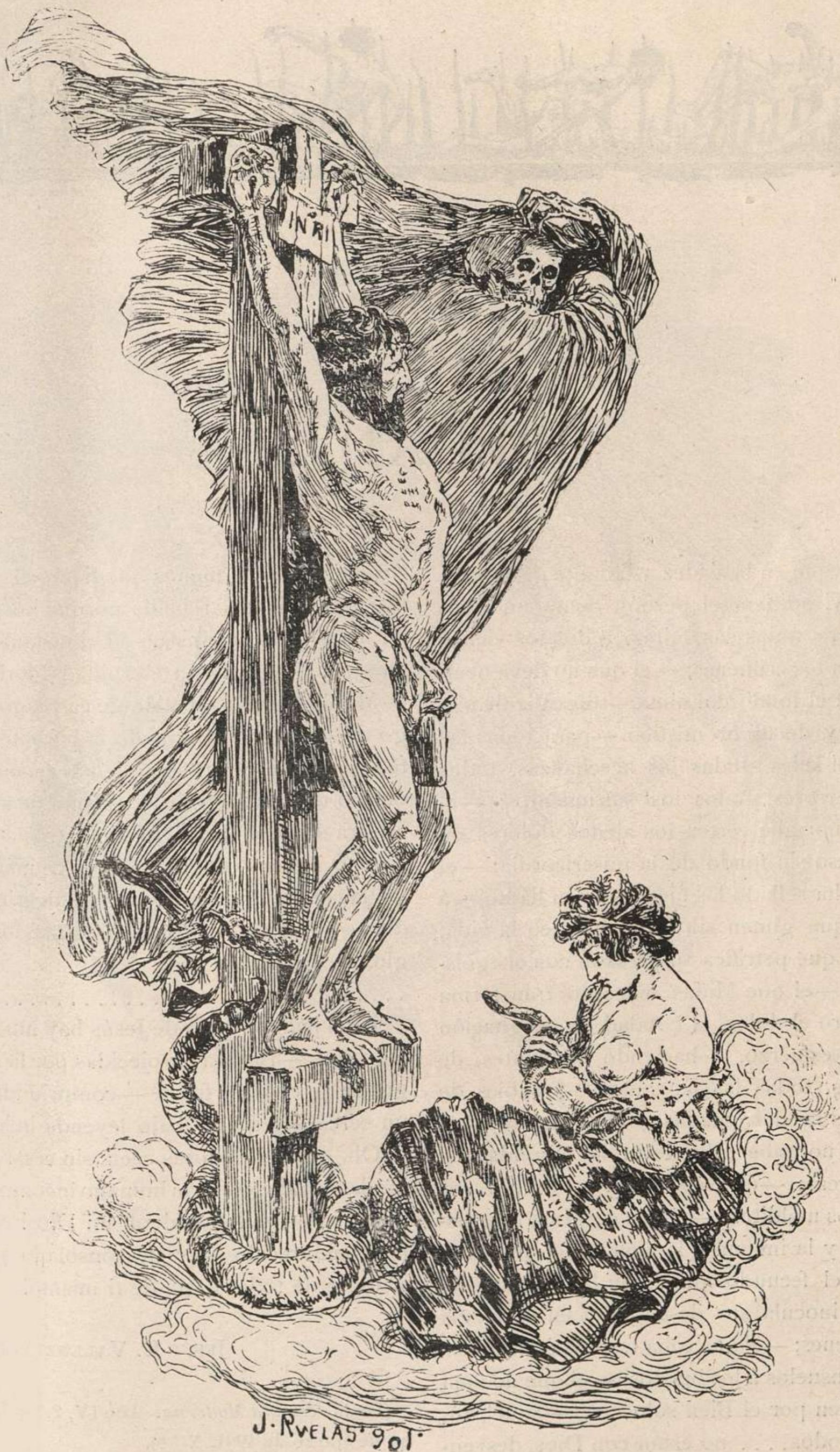
que se incrusta en los duros peñascos,
 donde empieza á afilar la montaña
 sus aristas de pórfido y cuarzo,
 empotradas en la áspera roca
 y asomándose al hondo barranco,
 sus ruinosas paredes levanta
 en la sombra rural camposanto.

En la lúgubre noche, las hienas,
 espantoso festin husmeando,
 el recinto de muerte profanan
 con su aullido agudísimo y largo.
 A través de los rotos sepulcros,
 en la lívida faz de los cráneos,
 ¡con qué horror, con qué horror aparece
 terrorífica mueca de espanto!
 Tal vez sienten la garra acercarse....
 y allí están, impotentes y trágicos,
 ¡y del mundo, y del cielo, y del alma
 olvidados, oh, Dios, olvidados!...

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

(De la *Revista Moderna*. Año IV, 2.^a quince-
 na de Julio de 1901. N.º 14).







PIEDAD....!

El que en la aridez asfixiante de la vida, —¡ay! no tiene el perdón como un oasis —para todas las faltas, todos los vicios, todos los crímenes; —el que no lleva oculto en el fondo del alma —un cáliz de piedad y de amor místico —para todas las debilidades, todas las acechanzas, todos los errores, todos los sufrimientos; —el que no sabe verter los ajenos dolores en el vaso sin fondo de la misericordia; —el que ha sellado las fuentes de su llanto —á los que gimen sin esperanzas en la vida; —el que petrifica su corazón con el egoísmo; —el que Midas macabro transforma en oro el dolor, la bondad, la resignación y el esfuerzo, —haciendo diamantes, de todas, todas las lágrimas, —y rubíes de todas las derramadas gotas de llanto; —el que no sabe sobrellevar la humildad, la pobreza; —el asesino coronado por los éxitos malditos; —el que desarma á la justicia y la infama y la viola; —el que mancha el fecundo amor con la lujuria; —el que inocular sus desengaños en las almas vírgenes; —el que roba tesoros ó creencias ó consuelos á los buenos; —el que no ama el Bien por el Bien solo. . . . —aquél, tú, yo, todos. . . . no están con Dios, desven-

turado. —Valen menos que Satán el duro eterno rebelde; —rebelde porque no puede amar y amar ansía. —Un instante de amor! . . . y fuera su eternidad gloriosa. —Mirale llorar bajo el doble cartilago largo de sus alos —ocultando la bifronte testa sabia entre ellas; —queriendo encontrar dentro de sí mismo, en el abismo de su siniestra alma, alma noche sin astros —ese secreto inmenso del amor vivo, triunfante, —clavado en las cruces por el delirio un día —y redivivo en los altares por los siglos de los siglos.

En el pálido rostro de Jesús hay muchas lágrimas, —ruedan enrojecidas por la sangre de su cárdena frente —comprimida en un cerco de espinas bajo leyenda infame. —Oh, cuán silenciosas caen, sin cesar, sobre la roca del corazón humano incommovible! . . . —Cómo caen! oh mi Dios! en el mio endurecido —y desconsolado para siempre de todo, hasta de ti mismo!

JESÚS E. VALENZUELA.

(De la *Revista Moderna*. Año IV, 2.^a quincena de Marzo de 1901. N.º 6).





De antiguo claustro en la quietud austera,
De húmeda celda en soledad sombría,
Vivió un fraile, sin otra compañía
Que un Santo Cristo y una calavera.

Todas las noches, de la vil estera
Que de mísero lecho le servía,
Sacaba un medallón, y en él ponía,
En ósculo sin fin, la vida entera.

¿Era santa reliquia? ¿era un profano
Resto del mundo y del bullicio humano,
Prenda de amor ó místico amuleto?

Nadie lo supo; lo guardó escondido
Bajo el grueso sayal de su vestido,
Y se llevó á la tumba su secreto.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

(De "Revista Moderna." Volumen V.—1905-1906).



Cuentan que un fraile, en su misal, un día
Halló en una mayúscula de ornato
Un cuerpo de mujer, desnudo y grato,
Que artista ignoto dibujado había.

Quedó suspenso el infeliz. ¡Impía
Profanación, horrible desacato!
Rasgó el papel y en místico arrebató
Quemó la hoja en el velón que ardía.

Dicen también que al condenarla al fuego,
Sintió un hondo y tenaz desasosiego
Que conturbó la paz de su inocencia;

Surcó un recuerdo su rugosa frente
Y lloró tristemente, tristemente,
A solas con su Dios y su conciencia.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

(De "Revista Moderna." Volumen V.—1905-1906).



Julio Ruelas. 901.



JULIO RUELAS

SILUETA

Sonriendo Alquanto Passó Avanti, pudo, según refiere Boccaccio, sonreír el Dante y continuar tranquilo su marcha, desdeñando, pueriles temores; mas, para quien tiene ante sí las creaciones de Ruelas, no se ha hecho la sonrisa, porque el Durero americano es un atormentado. Por su cerebro potente de artista, ungido del óleo sacro de la inspiración, atraviesan legiones de inquisidores crueles y sanguinarios con sus potros y sus garfos.

No huye la luz como Rembrandt, ni logra jamás la placidez abacial de Goya; es un Dante del lápiz; un Dante que no sonríe.

Contorsiones diabólicas, desgarres de carnes vivas y sensibles, torturas inauditas de endemoniado, pasan, como procesión macabra, por el escenario infinitamente vario de sus creaciones tristes, extrañas y sombrías.

Ruelas debe ser un desesperanzado; un irredimible de la decepción.

En su alma torturada debe alzarse, de continuo, el lamento flébil que esconde la exclamación de D'Annunzio:

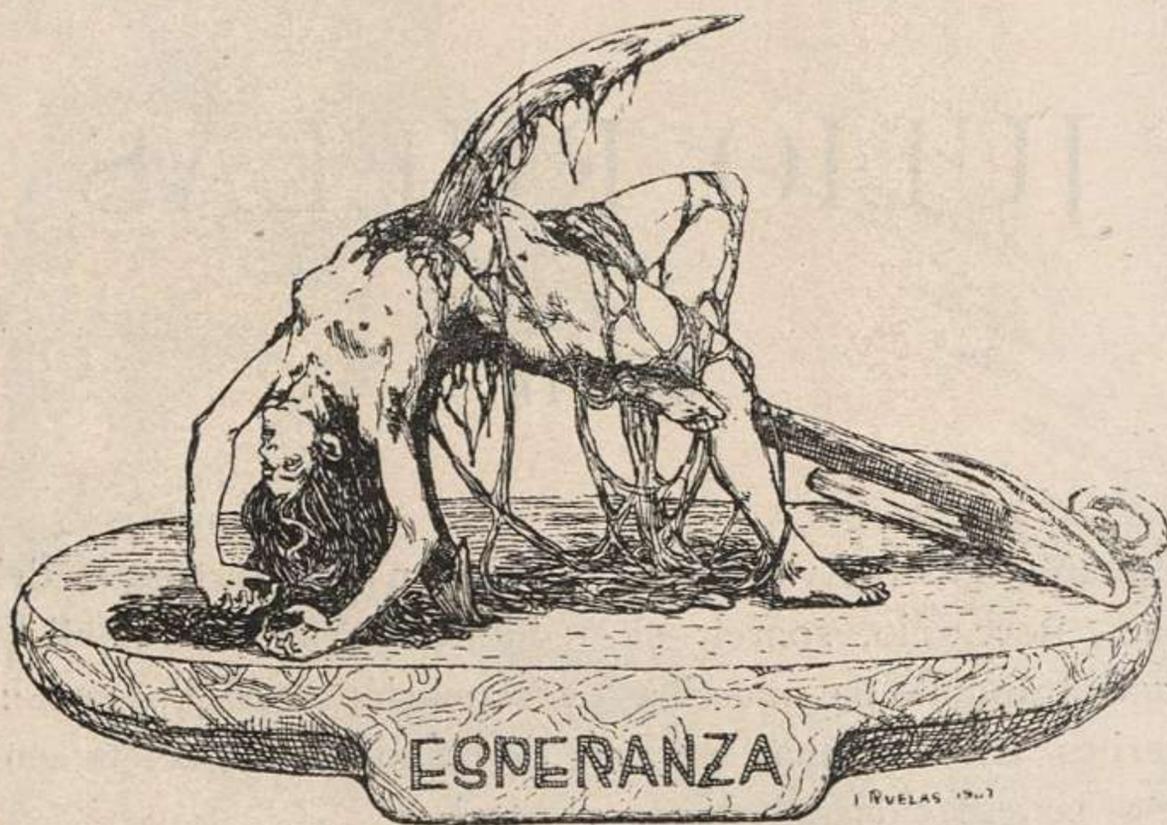
«¡Beato voi, che avete sempre il rizo in bocca!»

Porque él. . . . él siempre debe tener en la comisura de sus labios, trazado un rictus de amargura y desconsuelo.

En el vigor de su línea se ve la sorprendente fuerza del genio, el desborde de una juventud enérgica, pero careada por un escepticismo enervante.

Hay en él toda la poesía de Chateaubriand y del grande Hugo; el maquiavelismo sádico de Barbey, la potencia titánica de Zola, el depuramiento d'annunziano, el exquisitismo rubendariaco, y todo revelado por las negras y angulosas líneas de un dibujo á la pluma: es porque esa es la región de egaux. . . . la región en que está Ruelas.

Un cerebro poderoso se revela fácilmente; y, aunque esté recluido en los con-



1

1 Véase en esta misma edición la nota que reproducimos de «El Imparcial.»—R. M.

finés del globo, su nombre bien pronto será acariciado por las perfumadas ondas del viento de la Fama, que tiene acentos de arpa y quejido de guzlas en los oídos de los consagrados. Comparte con Germán Gedovius, el cetro del arte mexicano; son dos almas gemelas que se completan y unifican; una son en la patria sublime del arte, una en la patria pequeña del mapa político. Supe de Ruelas, por sus ilustraciones al exquisito libro de Neruo, «El Exodo;» más tarde, en la «Revista Moderna» de México; pero en «El Exodo,» los dos genios se aunaron; creó el poeta para el pintor y el pintor hizo gráfico el pensamiento del bardo: «¿Qué haré? Clavar sañudo mi esperanza en el ancla divina, que es su emblema!» Y en página trazó Ruelas un sketch soberbio: un ancla gigantesca que atraviesa con una de sus uñas de hierro, el vientre escultural de una mujer, cuyos brazos caen exangües y resignados, mostrando las manos aún contraídas, en tanto que la cabeza inanimada yace sin vida, trazando en el suelo un negro manchón, la cabellera y destrenzada y ondulante.

Desparramándose por las páginas del libro, se ven caravanas fantásticas de blancos esqueletos que abandonan sus huesos, seguidas por un perro macilento y descarnado; cuervos insaciables que clavan sus torvos picos en el seno palpitante de alguna virgen; una cabeza triste de apóstol

serena y apacible, decapitada sobre un plato, en cuyo borde reposa un buitre; y otra cabeza terrorífica, también decapitada, balanceándose en un garfio, acosada por manos crispadas que tienden hacia ella sus dedos contraídos como garras sedientas, dejando escapar el lúgubre péndulo de sus ojos abiertos, una mirada bravía, en la cual se percibe una blasfemia iracunda . . .

Lúgubre, trágico, Julio Ruelas hace experimentar aguda sensación de frío en los nervios al que contempla sus dibujos, y esclaviza y ata y encadena á su genio portentoso la admiración del que los ve.

Hay algo de rebeldía grandiosa, la rebeldía de Satán, en el dantesco carácter de sus creaciones. Parece como si su lápiz se negara á reproducir lo plástico de la belleza, prefiriendo el análisis de un estado de alma, fielmente interpretado por esas imágenes extrañas, poderosamente reales.

Después de hojear las figuras de Ruelas, queda en el alma una impresión helada, de vaga angustia, como la sensación de vértigo que experimenta el viajero al contemplar, desde las desvanecedoras alturas de Maltrata, aquel vastísimo abismo, ensordecido por el fragor del express que se arrastra en la ascensión ciclópea de la ingente montaña

ARTURO R. DE CARRICARTE.

(De la «Revista Moderna.»)







Dormía la arboleda; las ventanas
Llenábanse de luz como pupilas;
Las sendas grises se tornaban lilas;
Cuajábase la luz en densas gramas;

La estrella que conoce por hermanas,
Desde el cielo, á tus lágrimas tranquilas,
Brotó evocando al són de las esquilas
Un místico Belén de horas cristianas.

Mientras en las espumas del torrente
Deshojaba tu amor sus primaveras
De muselina, relevó el ambiente

La armoniosa amplitud de tus caderas,
Y una vaca mugió sonoramente,
Allá por las sonámbulas praderas

LEOPOLDO LUGONES.



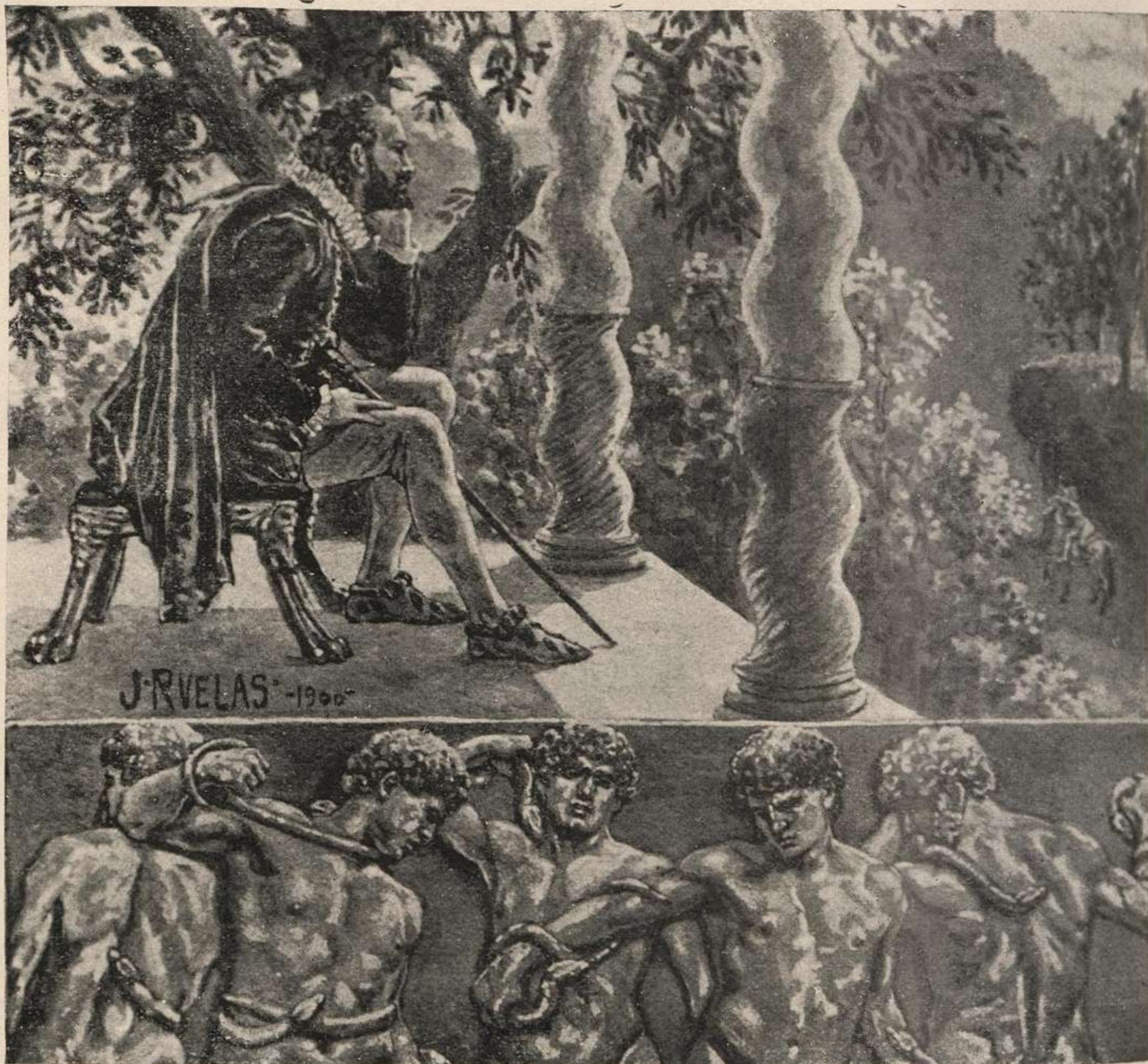
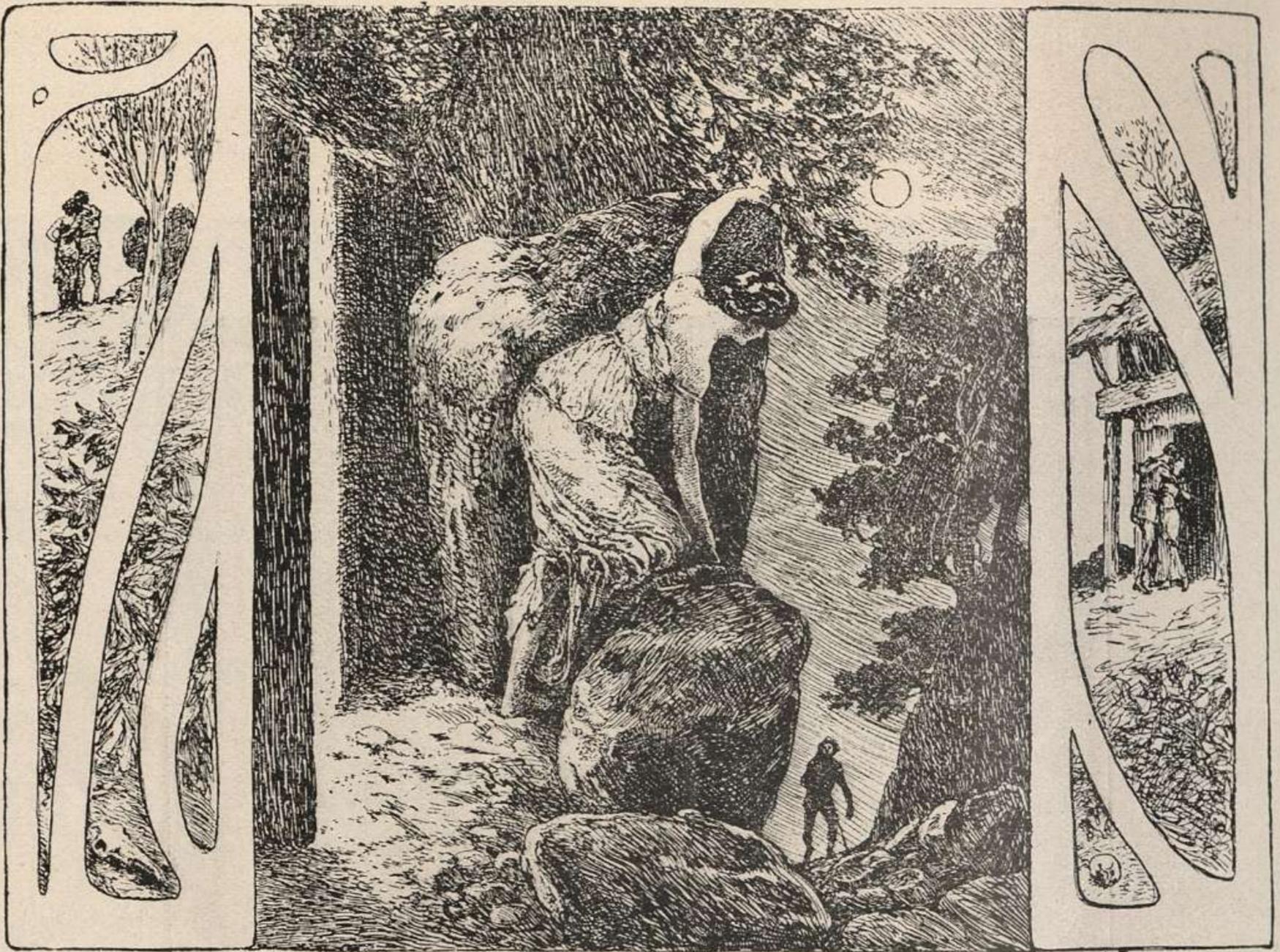


Ilustración del Preludio de "Dulcinea," de Jesús Urueta.

(«Revista Moderna.» Año IV. 1.^a quincena de Enero de 1901. N.º 1).



(«Revista Moderna.» Vol. VI. Julio de 1906, N.º 5).



CANTO DE AMORES Y DE BESOS.....

Últimas Ilustraciones
de
Julio Ruelas.

1906





MUERTE DE UN ARTISTA MEXICANO

«Ayer se recibió en esta ciudad, por la vía cablegráfica, la noticia de la muerte del pintor y dibujante Julio Ruelas, acaecida en París, después de una violenta afección pulmonar. Este sensible acontecimiento enluta y llena de duelo al arte mexicano. Julio Ruelas, á los 36 años de edad, era ya una vigorosa y originalísima personalidad artística, llena de intensa inspiración y de una técnica excepcional. Su obra fué fecunda; sus estudios, sus pinturas, sus aguas fuertes y sus composiciones para ilustrar libros y revistas, atestiguan la perseverante y obstinada labor de su vida, siempre consagrada al arte, aun en esos años de abandono en que toda la juventud es negligente. Ruelas fué un refinado; su cultura era peculiar y aquilatada por todos los literatos que fueron sus amigos. En su inspiración era un poeta y un filósofo, y prueba la fuerza literaria de su arte, el hecho de que un poeta mexica-

no haya hecho, con la idea del dibujo «ESPERANZA,» de Ruelas, una celebrada poesía. Los poetas hallaron inspiración en este artista, y todos los pensadores, y todos los que sueñan, y todos los adoloridos de la existencia, encontraron en la obra de este genial poeta del lápiz una imagen intensa y cruel de la vida que les fué adversa.

No son estos los instantes de hacer el juicio lleno de reverente amor, de hondo respeto y de grave meditación que merecen el artista muerto y su obra admirable. La amargura del momento transfiere para momentos más serenos ese acto de justicia y de amor. Mientras, sepan la funesta nueva quienes en la Patria sienten y piensan, y reciban nuestra pesarosa condolencia los hermanos del ilustre pintor, cuya vida, no por corta, dejó de ser fecunda y gloriosa.»

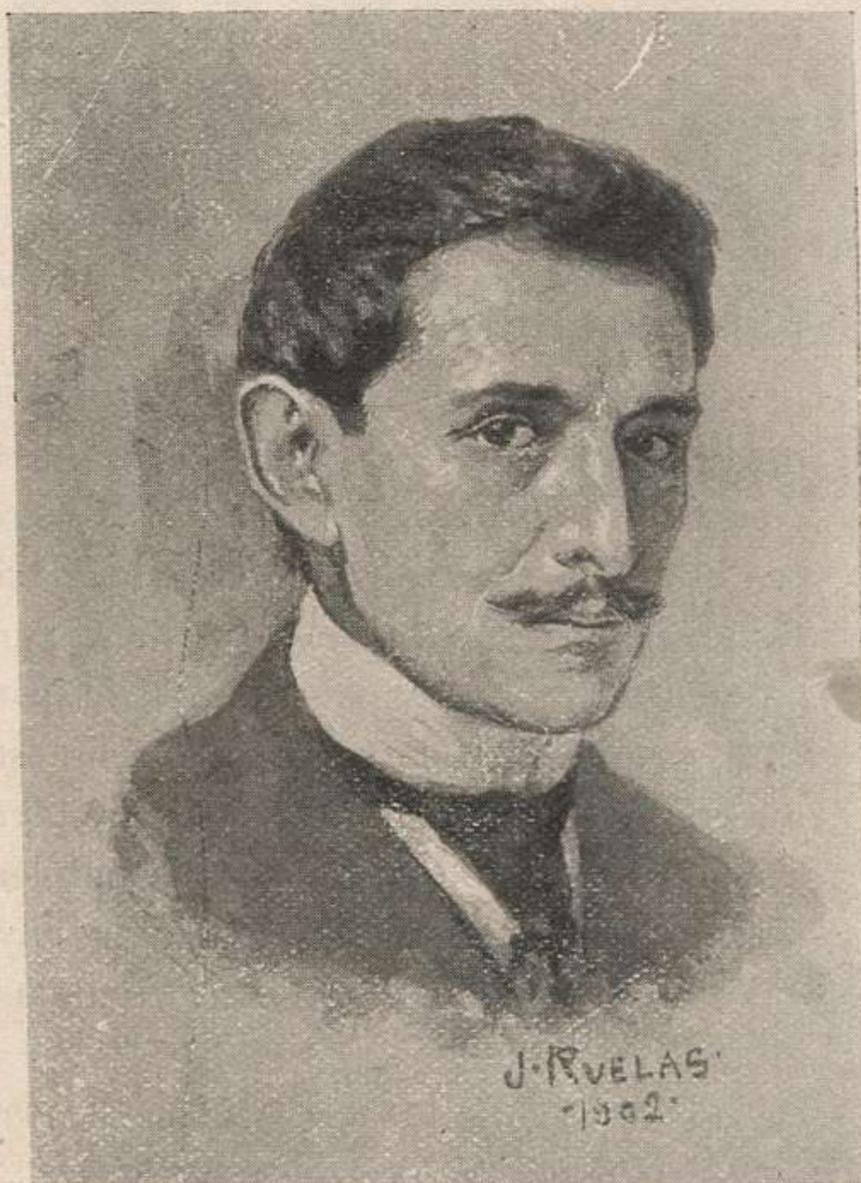
De «El Imparcial» del 18 de Septiembre de 1907





NOTAS SOBRE RUELAS

(Para la "Revista Moderna.")



Auto-retrato de Julio Ruelas.

En un auto-retrato de Arnold Böcklin, magnífico de belleza y de intención, aparece el artista de pie, dispuesto á la labor, el pincel en la diestra y en la siniestra la paleta, fijos los ojos inspirados en no sé qué horizontes que no ven, ya que toda la vida interior de la cabeza vigorosa está re-

concentrada en el oído izquierdo, cerca del cual la muerte arranca de una viola sonidos presagiosos.

Cómo recuerdo este retrato, de simbolismos hondos, al entrar en la obra de nuestro gran artista recién ido, y cómo, sin brusquedades ni forzamientos, pienso que Ruelas está ahí, transformado ó disfrazado, pero revelando el secreto de sus creaciones torturadoras; porque más que al neo-romántico germano, escanciador de mitologías, porque más que al exuberante colorista, amor de grotescos faunos y de náyades carnosas, corresponde la intensa alegoría al dibujante mexicano, sabio en crueldades y doctor en pesadillas; poeta de musa cuyos ovarios fecundó un fantasma; lírico aventurero del país que se extiende más allá del bostezo de las sombras; Caballero del Dolor y de la Muerte; artista de pegaso esqueletizado y trágico, vibrante de ímpetus nuevos y ávido de belleza indesflorada.

*
*
*

La obra de Ruelas es el ciclo doloroso de una gran esperanza ascensional que, al estrellarse en el pecho de bronce de lo desconocido, se despeñó desde las más altas

cumbres de la ilusión, y rodó y sangró en todas las asperezas de la vida.

Se entra en ella con el pavor sagrado que infunde lo misterioso. Es profunda y sensual; intuitiva y fantástica; sentimental y terrible; refinada y espontánea; hija de pensador y de poeta; pero también hija de artista. A veces tiene relámpagos de delirio y fosforescencias de neurosis; pero siempre en ella fulgura el arte y esplende la sinceridad. Robusta selva extraña que á un mismo tiempo abriga pájaros sonoros y esconde fieras inquietantes; á través de su ramaje de símbolos fluyen vagas melodías de ruiseñores de ensueño, y entre sus zarzas augurales surgen hoscos dragones que vomitan lumbres de fiebres de dolor. Es la más crispante sinfonía plástica de Nuestra-Señora-de-las-Sombras. Ruelas maneja el lápiz y la pluma, como trágica batuta que, al moverse, arranca de las angustias más suplicatorias, de los duelos más paroxismales, de los martirios más rabiosos y de las desesperaciones más frenéticas, gritos, lamentos, sollozos, imprecaciones y rugidos que levantan un coro formidable donde impera el *ritornello* de la muerte, y donde parece que truena la cólera de Dios. Visión de un cerebro creador y atormentado, melancólico cuando no torturante, é irónico si llega á sonreír, aun sin comprenderla, se adivina el carácter emblemático de su concepción y la intensidad palpitante de su significado.

Ruelas no concretaba su anhelo en simple virtuosidad de líneas y de colores, ni reducía sus tendencias á la interpretación material del material aspecto de las cosas. No entiende el arte como obra de daguerrotipo, sino como fruto de intuición. Más estima los sonidos de la flauta de Pan, que la flauta en sí misma. Un cuerpo para él, no vale por lo que es, sino por lo que revela. Goethe le había enseñado que todo lo que pasa es símbolo, y todo lo que ve-

mos signo, y él apretó sobre su corazón esa videncia del padre olimpico de Fausto. Espiritu idealista, contemplativo, sagaz, comprendió que en la Naturaleza los seres y las cosas son metáforas tangibles de una elevada metafísica, palabras fragmentarias del pensamiento universal, y esta prolífica observación fué la base del mundo de sus sueños, donde la forma es un instrumento y no un fin, un vaso y nada más, en que el artista guardó la esencia de su alma. Ruelas pudo muy bien proclamar aquello que Gustavo Moreau acostumbraba repetir: La evocación de las ideas por medio de la línea y de los elementos plásticos, he aquí mi objeto.

Mas no se crea por esto que preocupado de la verdad interior descuidase la belleza material, y que «lo literario» predomine en su obra. Dotado de extraordinaria facultad de ejecución, pudo armonizar sus tendencias ideológicas con las leyes incontrovertibles de su arte; y á menudo nos alejamos del motivo poético de sus aguas-fuertes, de sus ilustraciones, de sus caprichos decorativos y de sus «culs-de-lampe» ingeniosos, para admirar su bella realización y la gallardía superior de su dibujo. Si ha sido un exquisito poeta y un hondo pensador, también fué, bajo el cielo de la América latina, artista excepcional y, sin duda, glorioso precursor de días mejores.

Su técnica revela, sobre todo, un dibujante de vastas potencialidades, de sorprendentes precisiones y de sutiles virtuosismos. Ruelas, en contraste con cierta vaga nebulosidad de sus concepciones, gusta de rasgos exactos, de caligrafías delicadas, de arabescos elegantes y de finas bordaduras. Es lapidario; sabe secretos de orfebrería; siente la voluptuosidad del preciosismo y de la filigrana. Pero odia el acaramelamiento cursi y el «acabado» detestable; y en su escrúpulo por la forma, nunca llegó al contorno seco y estéril, á la oquedad

fofa é insípida, que sólo dice pedantería académica.

La línea toma en su mano flexibilidades dóciles. Se adapta y se pliega á todas las exigencias de la encabritada fantasía, y ágil en el movimiento, expresiva en la ondulación, verdadera siempre con verdad ideal, trémula de vida y elocuente de sentimiento, es como maravilloso lenguaje lleno de rítmicas fluideces y de sugerencias musicales.

Su claro-oscuro vacila un poco; su perspectiva aérea no es impecable; pero esto confirma su dón ingénito y pasmoso de dibujante. Descuido parecido de la atmósfera y de los volúmenes, modaliza peculiarmente á aquellos en quienes prepondera la sensibilidad linear. Así se explica que Ruelas, maestro con la pluma y el lápiz, no haya dominado el uso del pincel y de los colores.

En su difícil tarea de ilustrador, sobresale su facultad de establecer concordancias de formas y de ideas, su gusto decorativo y las excelencias de su imaginación. Jamás emplea la corriente paráfrasis mediocre. Su alma hiperestesiada, en equilibrio inestable con los llamados de la realidad, al más leve impulso entra en el mundo de misterio y de tragedia adonde Ruelas era emperador. Tamiza los pensamientos de cuentistas y poetas, los filtra, los depura, los hace atravesar por inauditos prismas, les presta más nobleza, y es entonces cuando la lumbre de su genio arranca de ellos matices imprevistos é inesperados tornasoles. Si observa, fecunda; si interpreta, crea.

Cierto que por la obra corren soplos germánicos escapados de las fraguas del Durero. Cierto que la fauna teratológica con que simboliza ya un apetito monstruoso, ya una pasión repugnante, ó ya la fatalidad brutal, hace pensar en las diablerías de Jérôme Bosch; en los «Juicios Finales»

de Breughel el viejo; en las «Tentaciones de San Antonio,» de Tenières, y en algunos grabados de Callot. La cabeza de Rops asoma á las vegadas. Pero y bien, ¿qué? La asimilación nunca será la imitación. Durero mismo tiene huellas italianas y flamencas; y á través del buril de Feliciano Rops pasan reminiscencias ancestrales, y ondas de nerviosismo insano, efluvio de las «Flores del Mal,» de Baudelaire.

Julio Ruelas es hoy por hoy, una de las personalidades más altas, completas y originales que ha producido nuestro arte embrionario; y de haber vivido, él nos hubiera vindicado ante ciertos desdenes europeos.

* * *

Allá, en la lejana Lutecia ambicionada, tierra prometida de muchas esperanzas, Jerusalem de muchas almas, vórtice de pensamiento y de lujuria, sembraba nuestro artista los laureles de su corona definitiva, hilaba los nimbos de su aureola mundial, trabajando, meditando, siempre callado, siempre abstraído, siempre solo, en un apartamento del «Boul Mich,» en las terrazas de los cafés ó bajo los castaños del Luxemburgo; quizá pensando más y más en su terrible novia pavorosa, frente á aquel torbellino de la vida. . . . Y una mañana de oro, una de esas mañanas divinas ¡y suspiradas! con que París glorifica sus cielos otoñales, llegó la muerte, la obsesionante, en un gran vuelo silencioso de mariposa invisible, y entre los labios de su enamorado dejó su ósculo eterno, sésamo que nos abre el infinito. . . .

No seré yo quien reclame para la tumba de Ruelas, liturgias funéreas y epicédios flébiles con que los hombres solemnizan el derrumbamiento de las existencias efímeras. Más que llorar esa victoria de la Muerte, celebrad ese triunfo de la Vida. A las

Plañideras substituid las Charidades; y el Requiem con el Peán. Ruelas no sucumbió al empuje de un devenir material, ni arrastrado cayó por el desplome de una potencia orgánica. Regresa al enigmático país de que era ciudadano. Vuelve á su primordial mundo sombrío. El recinto de Hades ya conocía sú planta; y las puertas

ebúrneas del Valle de los Manes ha ya tiempo supieron de sus melancolías. Alma que por azar vistió con barro azteca, tuvo videncias que acaso fueron recuerdos, predilecciones que acaso fueron nostalgias. Se fué, pero se fué en pos de su ensueño.

La muerte de Ruelas es una repatriación.

ALFONSO CRAVIOTO.

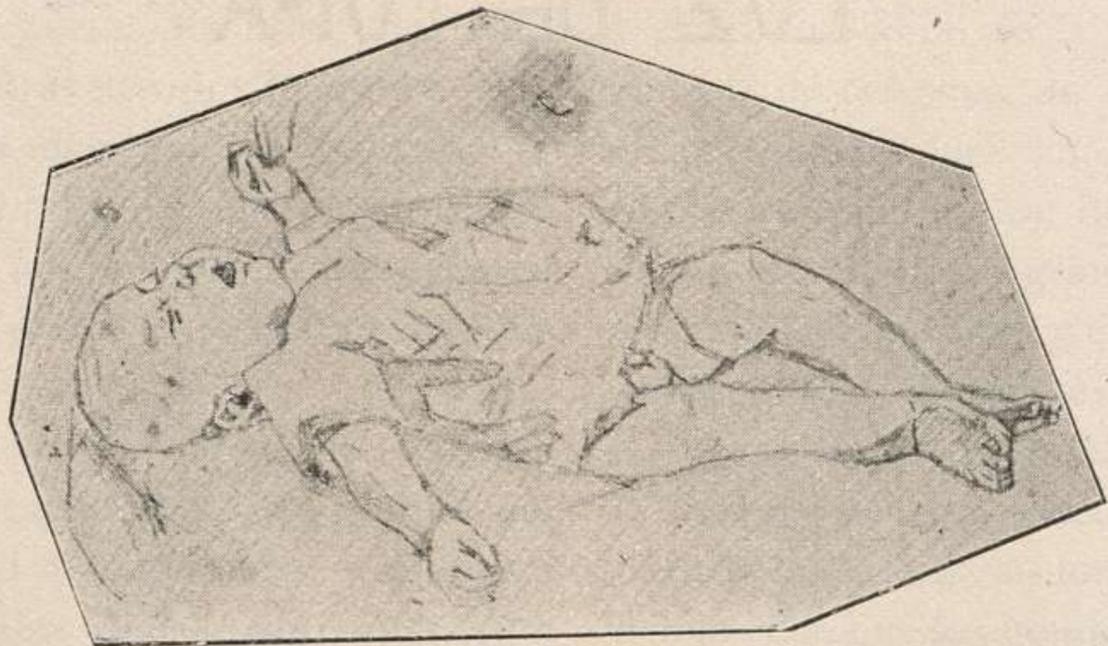


*

Colección de Estudios de Julio Ruelas.

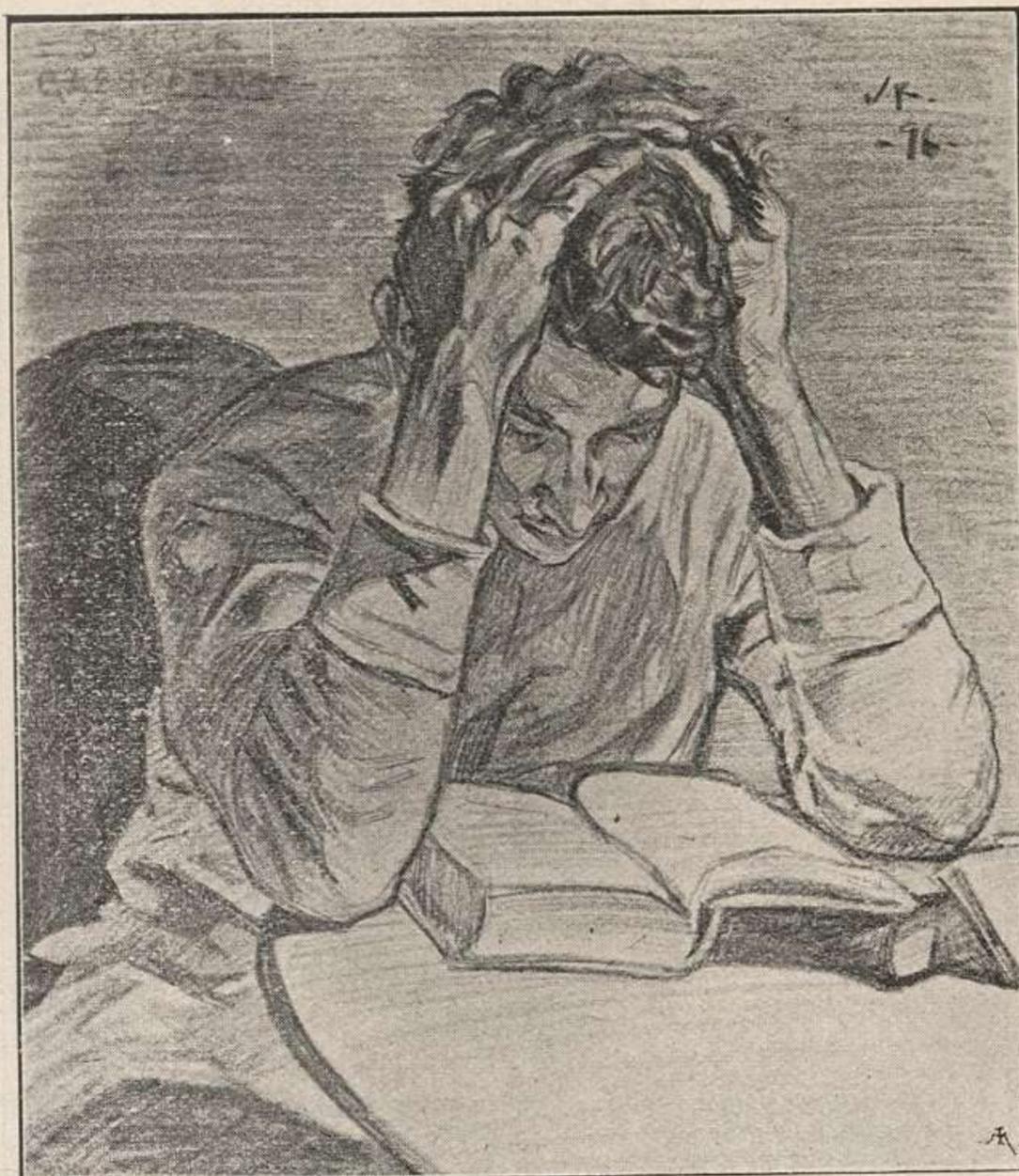


Dibujo al lápiz.

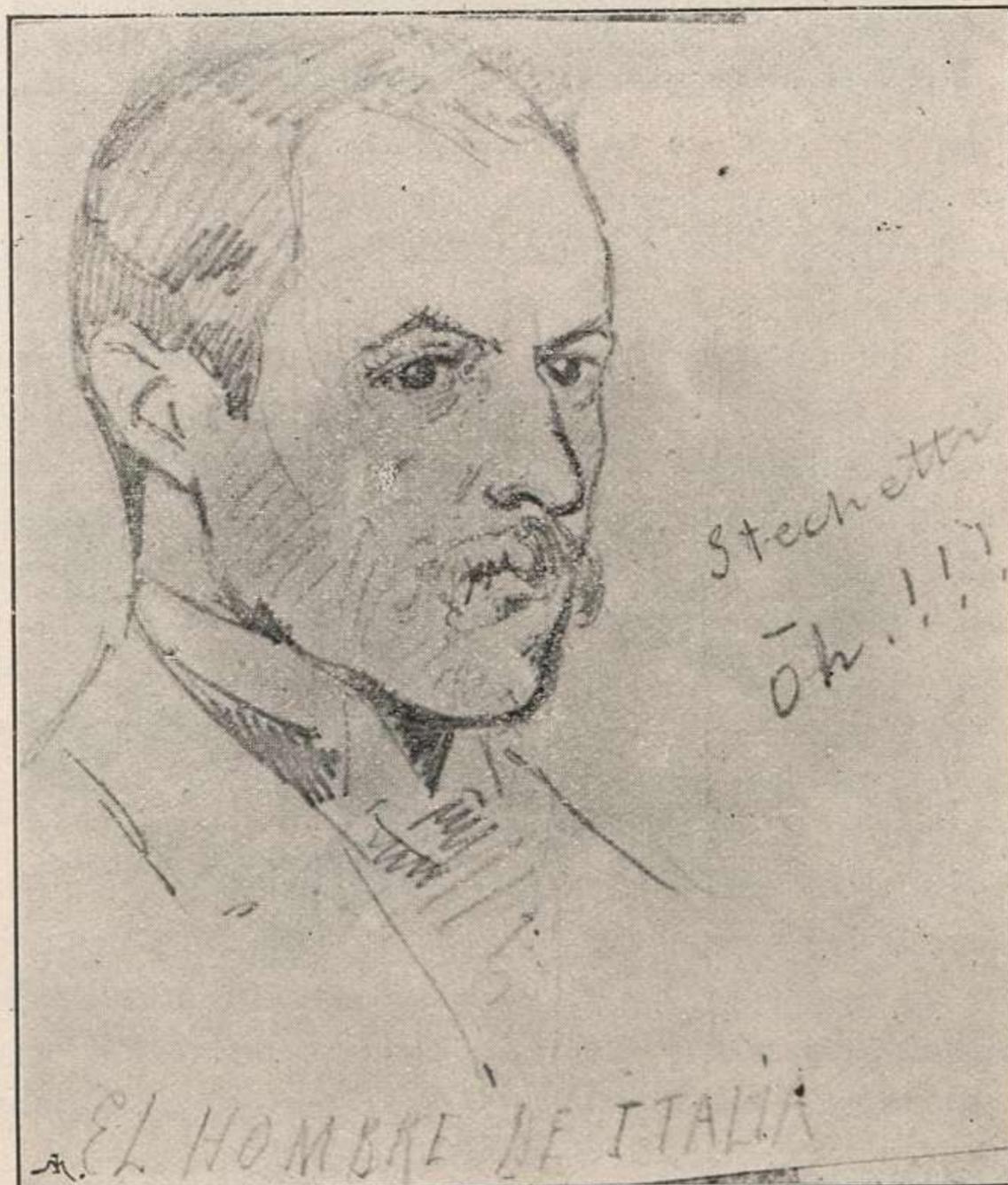


Instantánea. Dibujo al lápiz.

Colección de Estudios de Julio Ruelas.



Dibujo al carbón.



Colección de Estudios de Julio Ruelas.



Don Francisco de A'ba.





JULIO RUELAS

(De "El Tiempo Ilustrado.")

«El arte patrio está de duelo.

Julio Ruelas, el genial dibujante de *Revista Moderna*, ha muerto de manera inesperada en París, donde se hallaba pensionado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, desde fines del año 1904. La noticia se recibió en México por cable, habiendo sido comunicada al Sr. Lic. D. Justo Sierra, por la Sra. Juana Gabrié de Fernández, comisionada en París por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. También la comunicaron el Ministro de México en Francia, á la Secretaría de Relaciones, y el Sr. Jesús F. Lujan, mecenas de Ruelas, á su apoderado en México, el Sr. Guillermo de la Peña.

La fatal noticia cundió con velocidad y ha sido durante la semana el tema obligado de todas las conversaciones.

Ruelas, según los lacónicos mensajes recibidos, falleció de pulmonía fulminante. También se dice que la enfermedad que lo condujo al sepulcro, fué una tisis galopante.

La muerte sobrevino, cuando el artista preparaba un viaje por Egipto, para reponerse en su salud. ¡Cuánto provecho hubieran sacado el arte y México si ese viaje se hubiese realizado!

Julio Ruelas se había educado en Alemania, para donde marchó siendo aún muy niño; y habiendo estudiado allí al lado de grandes maestros, pronto reveló una extraordinaria originalidad y disposiciones nada comunes para el dibujo.

Todas sus obras dejan adivinar claramente su especial imaginación, que concebía cosas extrañas, que copiaba personajes y sucesos de paisajes que él sólo veía con aquellos ojos, que era lo único que brillaba en su rostro, siempre triste, siempre adusto, siempre pensativo.

Vivió consagrado al estudio, marchando hacia el extraño país de arte fantástico que había concebido, sin desfallecer, sin desmayar un solo instante, dejando tras de sí, muchas, muchas obras que guardan cariñosamente sus felices poseedores.

Su obra de dibujante, fecunda y llena de rara poesía, ha quedado perennemente grabada en las páginas de la *Revista Moderna*, del poeta Valenzuela, que con Ruelas pierde al mejor y tal vez más estimado y querido de todos los que con él han colaborado en su magnífica revista de arte. A Valenzuela en primer lugar y á Ruelas en segundo, se deben el nombre y fama de que goza en México como la

JULIO RUELAS.



Auto-retrato.—La Crítica. Aguafuerte.—Grabado en cobre.

primera, y en el extranjero como una de las mejores de la América Latina, la *Revista Moderna de México*.

Cuando en 1904, partió Ruelas para Europa, la *Revista* lo despidió así:

«El genial dibujante de la *Revista Moderna de México*, ha salido para Europa á hacer una larga excursión artística, pensionado por el gobierno mexicano. Desde el ingreso del Sr. Lic. D. Justo Sierra á la Subsecretaría de Instrucción Pública, la intelectualidad nacional ha recibido muestras constantes de los nobles esfuerzos del sabio maestro en pro de ella. Nuestra *Revista*, tiene el justo orgullo de haber revelado á Ruelas. En toda la América que habla español, es hoy admirado gracias á ella. No tiene, pues, nuestro periódico, palabras bastante altas para aplaudir al Sr. Sierra y al gobierno por este acto de protección al arte; Ruelas, en cambio, para satisfacción de nuestros subscriptores, no abandona las páginas de la *Revista*, su gran amada; y desde donde se encuentre seguirá colaborando, como hasta ahora, con sus originales producciones. El ha sido, y seguirá siendo, la nota artística por excelencia de nuestro periódico.

Sepa el artista y el amigo que por toda su peregrinación le acompañará siempre nuestro cariño y nuestra admiración.»

En estas sencillas y expresivas frases se ve, no se adivina, lo que Ruelas era para la *Revista* y lo que la *Revista* era para Ruelas.

José Juan Tablada, en un artículo que con el título de «Exegesis de un capricho al óleo, de Ruelas,» apareció en la misma publicación, sintetizaba así la obra del artista:

«Bajo su máscara de obsidiana, arde el cerebro de Ruelas, como una lámpara de Aladino, revelando con su fulgor los más hondos tesoros de los subterráneos de la Idea. Bajo su máscara grave y emaciada

como la testa momificada de un emperador Inca, proyecta la Vida una Visión rara y única, como el sueño de opio de una siniestra pipa.

Puede el artista parecer realista á un observador superficial; pero, en verdad, Ruelas no ha tenido mayor enemigo que la misma Realidad. Su genial afán de crear se estimula con el tónico amargo de la Vulgaridad. Odia lo ya hecho, odia el cliché, odia el *poncif*, y por justa reacción contra la *platitudo* ambiente, seca de sus hipogeos cerebrales esas creaciones fabulosas, hijas del Miedo, del Caos y de la Muerte, criaturas del fondo del mar y de los «sacos de carbón,» abismados entre los ríos de ópalo de la esplendorosa vía-láctea. Su obra es «tragedia,» en la inicial y pura significación del vocablo «canto del sátiro,» oda robusta y bestial, salvaje himno panteísta, sólo que peculiarmente esterilizado y á propósito sutil, porque Ruelas, exquisito y aristócrata en arte hasta la anarquía, no puede soplar en la syringa donde mil bocas soplaron. Descienda de Orcagna, Goya es de sus antepasados, es su amigo Bœcklin; pero á pesar de todo, bajo la máscara de obsidiana de su rostro austero y fino, animando su emaciada testa de emperador Inca, alienta un espíritu fuerte y adamantino, digno de corporizarse en un ágil y luminoso arcángel de Sandro Boticelli.»

Conocido y admirado en América, partió Ruelas para Europa, como ya queda indicado, y allí se dió á conocer con tan buena fortuna, que el gran Cazin no desdeñó recibirlo y acogerlo para que, á su lado, continuase estudiando y trabajando. Entonces fué cuando el reputado crítico, Don Rafael Urbano, en la revista de arte *Sophia*, expresó el más halagador juicio sobre nuestro aventajado compatriota.

Ruelas alcanzó otros grandes triunfos en el extranjero, mereciendo muchos elo-

gios de severos críticos alemanes, franceses y españoles. Tomó parte con éxito en las más recientes Exposiciones de Artistas Mexicanos en París, y sus aguas fuertes y dibujos, fueron celebradísimos por la crítica. En la Exposición de los pensionados en Europa, que se celebró el año pasado en nuestra Academia de Bellas Artes, el lote de obras de Ruelas fué de los primeros, pues como decía un crónista de la Exposición, los óleos, aguas fuertes y dibujos enviados por él de París, «acusaban, como siempre, la maravillosa facilidad de su mano, dócil esclava de su potente imaginación. Bajo las figuras de su sueño—decía— se encuentra la general característica de las grandes pasiones universales. El amor, el dolor, el heroísmo, el desencan-

to, rigen alternativamente la exteriorización que los traduce. El cartón parece arder de entusiasmo ó de fiebre devorado por la intensa vida fantástica de sus creaciones.»

Como se recordará, este periódico, en la edición especial que hizo en esa ocasión, reprodujo algo de lo expuesto por el hoy llorado artista.

Los elogios que, como aquafortista y como dibujante, pudieran tributársele, los hacen ya inútiles la fama y el renombre de que gozó bajo estas distintas faces.—¡La gloria de Ruelas no será efímera; y tan resplandeciente como ahora, pasará mañana á los pósteros, como un legado honroso de nuestra actual cultura!»



Últimas Ilustraciones de Julio Ruelas, 1906.



JULIO RUELAS

IN MEMORIAM

El rictus inmutable de su cara morena
nunca tuvo una risa, ni era un rictus de pena:
era la inmóvil línea de su raza serena.

Sus ojos interiores, nunca vieron dulzuras:
siempre almas que suspenden espasmos de torturas
ó cuerpos que destrozan finas desgarraduras.

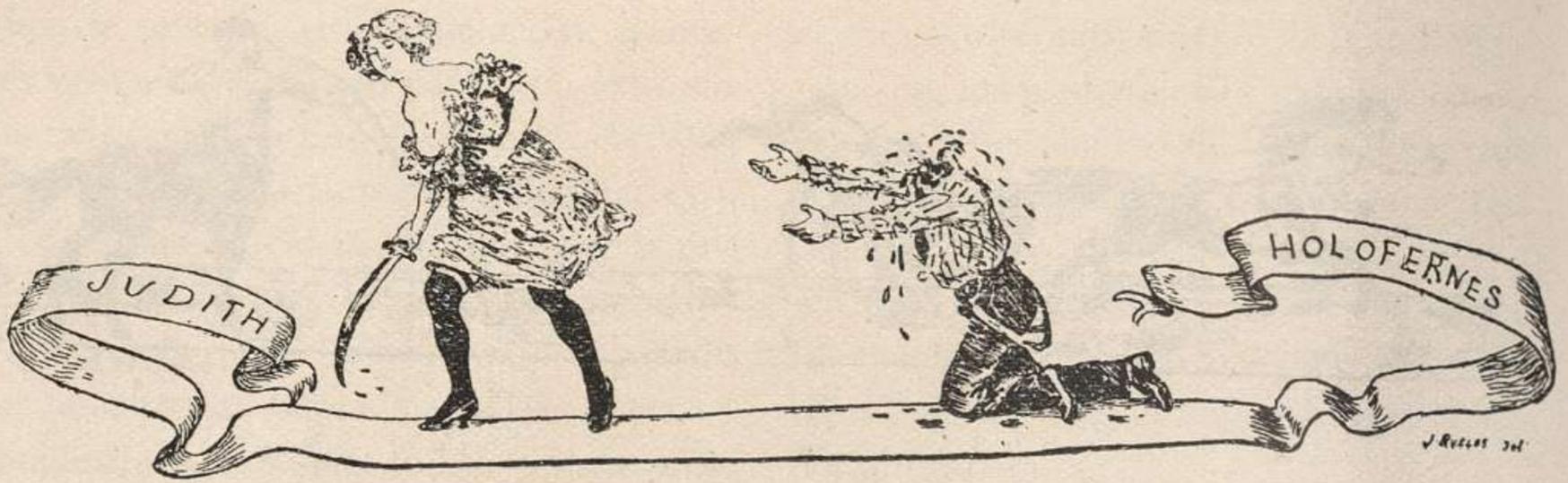
Bocas que ignoran besos, por el Dolor abiertas.
Esperanzas clavadas en sus anclas inciertas.
Sátiros mariatados ante carnes ofertas.

Esfuerzos imposibles de manos. Contracciones
de nervios, estrujados en mil inquisiciones;
y carnes magulladas á lentas contusiones.

Así, su obra toda, que la Tortura integra,
fué rehacia al color que amortigua ó alegra
y consecuente al luto de su fiel línea negra.

Mas, dicen, que aquel rictus de majestad inerte
tuvo un gesto de mofa en el trance mas fuerte;
y fué su única risa, la risa de la Muerte.

JOSÉ F. ELIZONDO.



JULIO RUELAS

Complácenos reproducir de la página especial de *El Diario*, las opiniones que sobre la obra de Julio Ruelas consideramos más justas.

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el Maestro Sierra, con gran deferencia recibió al enviado de este periódico, quien iba á recoger su primera impresión acerca de la muerte de Ruelas.

JUSTO SIERRA.

«Señor, dijo: usted debe comprender cuán hondamente he sentido la fatal noticia de este muchacho Ruelas. . . . Porque, aunque ya era de presentirse el cercano fin, la pérdida de un joven como él —tenía apenas treinta y seis años— es triste. Y no tanto es de lamentarse la trágica desaparición, como pérdida para el Arte Nacional, sino en general para el Arte. Tal que si D'Annunzio, Rusignol ó Darío murieran, no serían de llorarse ó sentirse como pérdidas locales para determinada nación, sino para el arte en general.»

Se conocía que Don Justo padecía de un dolor muy oculto, que en vano trataba de ocultar á miradas investigadoras.

«El Gobierno mexicano, dijo, ya para terminar, ha acordado, por conducto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que los funerales de Ruelas en París se hagan por cuenta de la Nación. Se trata de que su cadáver venga á México, por más que Ruelas, muy contento hubiera quedado con tener un lugarcito en «Le Père Lachaise.» Ya se han dado instrucciones á Don Jesús Luján, el inteligente y rico amigo de Ruelas, para que reúna toda su obra y se conserve en México.»

LUIS G. URBINA.

Luis G. Urbina, el poeta que más disfraza sus sensaciones, en la antesala ministerial, al recibir al redactor de este periódico, á la larga denunciaba que en su interior la pena sollozaba:

«Quiero guardar todas mis emociones, dijo. . . . ¿Para qué viene usted á agravar mi duelo? . . . Soy poco afecto á mostrarme en público. . . . No quiero hacer de mis penas, retóricas. . . . ¡Qué gran pérdida! ¡Qué gran pérdida! ¡Qué pena! . . . Ah, sí, yo creo que el arte de México ha perdido en Ruelas á su más genial talento. . . .»

JESÚS E. VALENZUELA.

En su residencia de la calle de Londres, el amado Chucho Valenzuela, herido de penosa enfermedad, solo, en la muda compañía de sus mudos recuerdos —dibujos de Ruelas y efigies de ausentes,— la broncinea máscara del hermano Othón al alcance de sus ojos, invocaba quién sabe qué dolorosos pensamientos, cuando nos acercamos á él. Más nieve y tristeza á la tristeza y la nieve del viejo tronco. . . .

«Desde anoche me anunciaron que estaba muy grave. Y cuando esto me dijeron, comprendí que se había muerto. ¡Pobre Ruelas! Qué gran artista ¿verdad? Yo creo que es insustituible. . . . Es una pérdida para la humanidad. . . . «*La Revista Moderna*» es de él: él la hizo, es su obra. Muchos han pasado por ella. . . . y ¿qué? sólo está allí Ruelas. . . .»

FÉLIX PARRA.

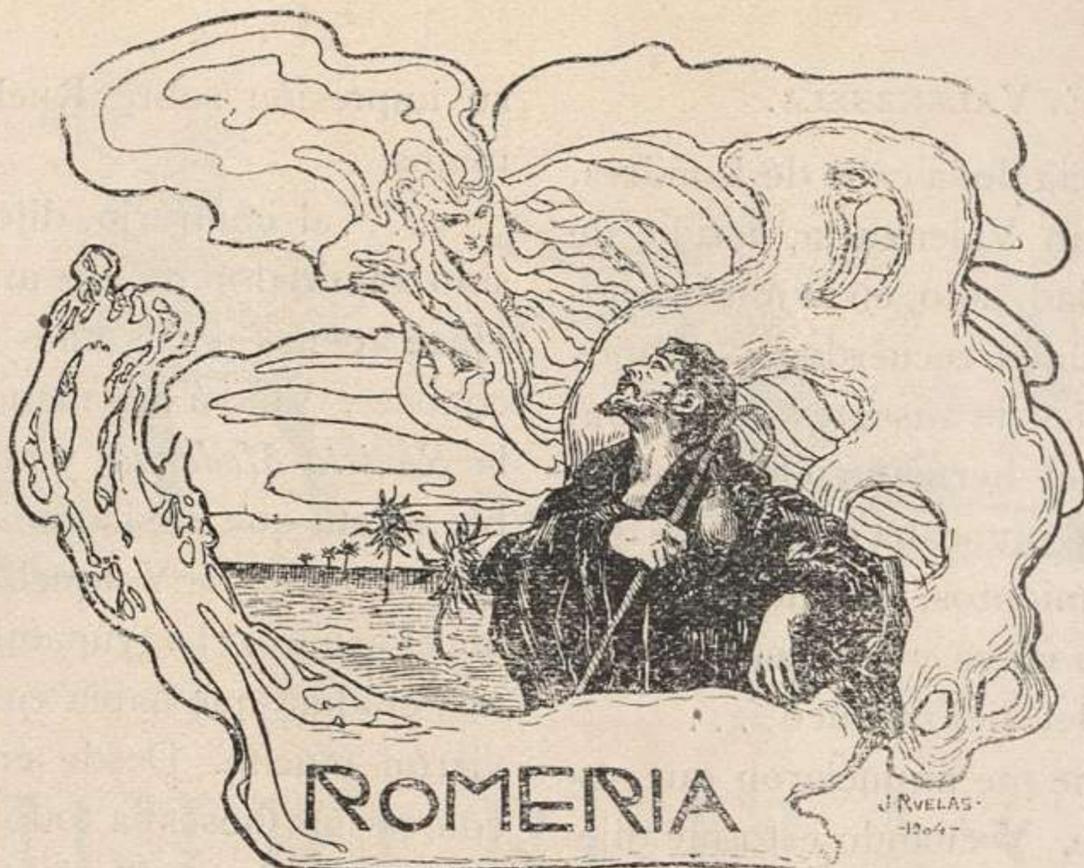
Noblemente, el pintor Parra manifestó

su impresión sobre Ruelas en estos términos:

«. . . . al contrario, dijo, yo siempre he sido admirador de ese muchacho Ruelas. Hace apenas pocos años que lo empecé á conocer: Vino á mis manos un número de la *Revista Moderna*, y allí ví una admirable viñeta que se llamaba: «Es el Amor que pasa. . . .» Y aquella manera de tratar el asunto, el agrupamiento de las figuras, el alma que había en eso, me conmovieron mucho. Desde entonces, siempre con cariño, buscaba todo lo de Ruelas. . . . Era un excelente dibujante y un gran compositor. Su obra está llena de cualidades muy bien arregladas. Abarcaba todos los géneros. Sus facultades eran amplísimas. Después del Maestro Rebull, era el único dibujante que quedaba en México. . . . Esta mañana, al leer *El Diario*, sentí una gran conmoción. La muerte de Ruelas es una gran pérdida para México. Yo no sabré con quién compararlo. Era Ruelas solo.



*



*

NOTAS

Debemos á nuestros distinguidos amigos, los Sres. Teniente Coronel D. Miguel Ruelas, Director de la Escuela Militar de Aspirantes, é Ingeniero D. Alejandro Ruelas, á quien damos las más cumplidas gracias, los «Estudios» que de nuestro eximio artista Julio Ruelas publica hoy la «Revista Moderna,» en este número consagrado á él con toda admiración y amor. No contentos con el pequeño homenaje

de recordación, que rinde la «Revista Moderna» á su artistico verdadero creador, esperamos en próximas ediciones mostrar con mayor relieve el alcance, la verdad y la munificencia de su obra. Sólo una *Exposición* de sus trabajos, puede decir bellamente del valer de nuestro sabio hermano. De esto se ocupa ya nuestro Director, así como de la organización de una velada.

(Debido al recargo de material, dejamos para la próxima edición, notables dibujos originales de Julio Ruelas).



INCoHERENCIAS

*

Fué á ver á Spendio y le dijo:

—¡Toma tus hombres! ¡Yo traeré los míos! ¡Avisa al galo!

¡Estamos perdidos, si Hamílcar nos ataca! ¿No me oyes? ¡Levántate!

Spendio quedó asombrado al oír aquella voz llena de autoridad; habitualmente Matho se dejaba guiar por sus consejos; pero ahora parecía á un tiempo más tranquilo y más terrible; una voluntad soberbia fulguraba en sus ojos semejante á la llama de un sacrificio.

El griego no le escuchó. Vivía en una tienda cartaginesa bordada de perlas; bebía refrescos en copas de plata; dejaba crecer sus cabellos y no se apresuraba en asaltar la ciudad sitiada, con la cual había entablado negociaciones, en la creencia de que se rendiría muy pronto; no quería, pues, partir.

Narr'Havas, que siempre iba de un ejército á otro, estaba presente y apoyó las razones de Spendio.

—¡Vete, si tienes miedo! exclamó Matho.— Nos habías prometido pez, azufre, elefantes, hombres, caballos, ¿dónde están?

Narr'Havas se excusó afirmando que en breve cumpliría sus promesas; pero en esos momentos, un hombre desconocido para el griego y el libio entró en la tienda; en una lengua que no conocían, hablaba á Narr'Havas, el cual, repentinamente corrió hacia sus jinetes, que se alinearon en la llanura formando un gran semicírculo. Narr'Havas, á caballo, bajaba la cabeza y se mordía los labios; de pronto dividió á sus hombres en dos mitades; dió á una la orden de que le aguardara, y al frente de la otra se lanzó á galope hacia las montañas.

¡Señor! —murmuró Spendio;— no me gustan esas coincidencias. El Suffeta vuelve, Narr'Havas se marcha.....

¡Qué importa! —dijo con desdén el libio.

Pero se oponía adelantarse Hamílcar, dando aviso á Autharito; el peligro de levantar un sitio, estribaba en que podían atacarles por la espalda los soldados de las ciudades, y los cartagineses combatirles de frente; por fin, después de discutir el punto, se hizo lo siguiente:

Spendio, con quince mil hombres, se adelantó hasta el puente de Macar, á tres millas de Utica, fortificada con tres enormes torres provistas de catapultas; con troncos de árboles, peñascos y muros de piedras, se obstruyeron en las montañas caminos y senderos; en las cimas se amontonó gran cantidad de hierba seca que ardería para servir de señales, el aviso de cuya aparición quedó á cargo de pastores colocados de trecho en trecho.

Sin duda, Hamílcar no vendría, como Hannon, por la montaña de las aguas calientes, porque debía pensar que Autharito, dueño del interior, le cerraría el paso. Además, un descalabro al principio de la campaña, lo perdería, mientras obtenida una victoria, habría de empezar de nuevo, si los mercenarios estaban distantes; podía, también, desembocar en el cabo de los Racimos y socorrer cualesquiera de las ciudades; pero entonces se encontraría entre los dos ejércitos, imprudencia de que no era capaz, dadas sus escasas fuerzas. Debía seguir, pues, la falda del Ariana y volver á la izquierda para evitar la embocadura del Macar, viniendo al puente en línea recta, donde lo esperaría Matho.

Por la noche, á la luz de las antorchas, vigilaba los destacamentos avanzados; iba á Hippo Zaryta, á las obras de las montañas; no se daba punto de reposo. Spendio envidiaba su robustez; pero en cuanto á las obras de defensa, á lo que debía hacerse para tener buenos confidentes, y al arte de las máquinas de guerra; Matho escuchaba á su compañero; ya no hablaban de Salammbó, uno, porque no pensaba en ella; el otro, porque le avergonzaba pensar tanto.

A menudo se acercaba á Cartago para ver si distinguía las tropas de Hamílcar; fijaba

sus miradas en el horizonte, se tendía de bruces con el oído pegado al suelo y el zumbido de sus arterias se le antojaba el rumor de un ejército en marcha.

Dijo á Spendio, que si dentro de tres días no había parecido Hamílcar, él iría á buscarle con su ejército para ofrecerle batalla. Pasaron dos días; Spendio procuraba retenerle, pero á la mañana del tercero partió.

Los cartagineses no esperaban la guerra con menos impaciencia; en las tiendas de campaña y en las casas reinaban el mismo deseo é igual angustia; todo el mundo se preguntaba por qué Hamílcar no se decidía.

De cuando en cuando subía á la cúpula del templo de Eschmun, junto al anunciador de las Lunas y consultaba los vientos.

Un día, el tercero del mes de Tibby, Hamílcar bajó precipitadamente la escalinata del Acrópolis; en los Mapales resonó un gran clamor; pronto reinó una gran agitación en las calles, y los soldados, armándose, se despedían de las mujeres llorosas; luego corrían á alistarse á la plaza de Khamon; no se les podía seguir, ni hablarles, ni subir á las murallas: durante algunos minutos la ciudad permaneció silenciosa como una tumba; los soldados, apoyados en sus lanzas, pensaban en su suerte y mirando las casas suspiraban.

Al ponerse el sol, el ejército salió por la puerta occidental, pero en vez de tomar el camino de Tunez ó el de Utica, siguió por la orilla del mar hasta llegar á la Laguna, donde grandes manchas de sol lanzaban reflejos como gigantescas fuentes de plata, abandonadas en la orilla.

Las charcas se multiplicaron y los pies se hundían en el suelo, cada vez más blando; pero Hamílcar no retrocedió; marchaba á la cabeza, y su caballo cubierto de manchas amarillas como un dragón, avanzaba penosamente; cerró la noche, noche sin luna; á los que gritaban que todos iban á perecer, les arrancó las armas que se entregaron á los criados. El barro era cada vez más profundo y fué preciso ocupar las bestias de carga; algunos se colgaron de las colas de los caballos; los robustos ayudaban á los débiles; el cuerpo de los ligurios empujaba á los infantes con la punta de las picas; la obscuridad redobló; se había perdido el camino; se detuvieron.

Entonces los esclavos del Suffeta se adelantaron para buscar las boyas que por su orden se habían colocado de trecho en trecho; voceaban en las tinieblas y el ejército los seguía á lo lejos.

Por fin se llegó á un terreno firme, por donde pudieron adelantar hasta descubrir en la obscuridad una curva blanquecina; eran las orillas de Macar.

A pesar del frío no se encendieron hogueras.

A media noche soplaron fuertes ráfagas de viento. Hamílcar hizo despertar á los soldados, pero ni una trompeta resonó; los capitanes les tocaban en el hombro.

Un soldado de alta estatura entró en el río; el agua no le llegaba á la cintura; se podía vadear.

El Suffeta ordenó que treinta y dos de los elefantes se pusieran en el río, y que los otros, cien pasos más abajo, formando otra línea, detuvieran las filas de hombres que arrastrara la corriente; así todos, con las armas sobre la cabeza, atravesaron el río como entre dos muros; además, el Suffeta sabía que el viento del Oeste, empujando las arenas, formaba una especie de camino natural en toda su anchura.

Ahora se hallaba el ejército en la orilla izquierda, frente á Utica, en una vasta llanura, muy ventajosa para que maniobraran los elefantes, fuerza principal del ejército.

Aquel rasgo de genio entusiasmó á los soldados; todos recobraron la confianza y pedían marchar en seguida contra los bárbaros; el Suffeta les hizo descansar durante dos horas; por fin, al salir el sol, el ejército se movió formando tres líneas: de elefantes la primera; de caballería é infantería la tercera; la falange marchaba á retaguardia.

Los bárbaros, acampados en las inmediaciones de Utica, y los quince mil que había junto al puente, quedaron sorprendidos al ver ondular la tierra á lo lejos. El viento que soplabá con fuerza levantaba grandes torbellinos de polvo, que ocultaban, como una cortina amarillenta, la marcha del ejército púnico; algunos, advirtiendo los cuernos que los cartagineses llevaban en los cascos, creían que se trataba de una manada de bueyes; otros, engañados por la agitación de los mantos, pensaban que eran olas; los más expertos se encogían de hombros, diciendo que aquello era un espejismo.

Pronto no fué posible la duda; la masa enorme avanzaba de continuo, y cuando se distinguieron los elefantes erizados de picas, los bárbaros lanzaron un clamor formidable.

Los cartagineses! —y sin señal, sin que nadie lo mandara, los soldados que sitiaban á Utica, y los que guardaban el puente, se lanzaron sin orden ni concierto sobre el ejército de Hamílcar.—

Al oír aquel nombre, Spendio se estremeció; repetía maquinalmente: «¡Hamílcar ¡Hamílcar!» y Matho no estaba allí. ¿Qué hacer? No se podía huir. El terror que le inspiraba el Suffeta, la gravedad de la resolución que debía tomar, el peligro que crecía por momentos, todo le trastornaba; se veía ya decapitado, crucificado, asaeteado; pero le llamaban; treinta mil hombres iban á seguirle; pensó que podría lograr la victoria; se creyó más intrépido que Epaminondas; para ocultar su palidez se embadurnó de bermellón; ciñó su armadura, bebió una gran copa de vino puro y corrió hacia sus soldados que marchaban al encuentro de los de Utica.

Se juntaron tan rápidamente, que el Suffeta no tuvo tiempo de alinear sus hombres en batalla. Poco á poco se detenían los cartagineses, lo mismo que los elefantes, cuyas cabezas se balanceaban, ostentando penachos de plumas de avestruz y golpeándose las espaldas con las trompas.

En los intervalos que dejaban los elefantes, se veían los vélites, los grandes cascos de los clinabaros, penachos, corazas y estandartes. Aunque el ejército cartaginés contaba once mil hombres, no parecía tenerlos, porque formaba un cuadrilongo de lados menores muy estrechos.

Al verlos tan débiles, los bárbaros lanzaron un clamor de alegría; el desdén que les inspiraban aquellos mercaderes, redoblaba su valor, y antes que Spendio diera una orden, ya la habían comprendido y la ejecutaban.

Se extendieron en una prolongada línea, que rebasaba por los flancos al ejército púnico, á fin de envolverlo por completo; pero cuando estuvieron á trescientos pasos, los elefantes, en vez de adelantar, retrocedieron; los clinabaros, dando media vuelta, les siguieron y la sorpresa de los mercenarios llegó á su colmo, al ver que los bagajeros les imitaban corriendo cuanto podían. ¡Los Cartagineses tenían miedo, huían! Un clamor formidable de befa y alegría resonó en las filas de los bárbaros, y Spendio, desde lo alto de su dromedario, gritó: ¡Ya lo sabía! ¡Adelante! ¡Adelante!

Entonces las jabalinas, los dardos, las balas de fronda volaron á la vez; los elefantes, al sentirse heridos en la grupa, galoparon más aprisa; en la gran polvareda que les envolvía, se disiparon como sombras; pero se oía un gran ruido de pasos dominado por el sonido furioso de las trompetas; aquel espacio que los bárbaros tenían ante sí, lleno de torbellinos y tumulto, atraía como un abismo y algunos se precipitaron en él; luego aparecieron cortes de infantería, y la caballería galopó también hacia el enemigo.

Hamílcar había ordenado á la falange que rompiera sus secciones, á fin de que los elefantes, las tropas ligeras y la caballería pasaran por sus intervalos para ir rápidamente hacia las alas, y calculando también la distancia de los bárbaros, que en el instante en que éstos chocasen contra el ejército, les presentase una gran línea recta. En el centro estaba la falange formada por cuadros de diez y seis hombres por cara. Los jefes estaban entre



los largos hierros aguzados que sobresalían desigualmente de las filas; y las caras desaparecían bajo las viseras de los cascos; láminas de bronce cubrían las piernas derechas; anchos escudos cilíndricos bajaban hasta las rodillas, y aquella masa cuadrangular se movía como si estuviese formada de una sola pieza; parecía vivir como un animal y funcionar como una máquina; dos cohortes de elefantes la flanqueaban, que al contraer la piel hacían caer trozos de sus escamas; á su derecha é izquierda corrían los honderos con una honda alrededor de la cintura, otra en la cabeza y otra en la mano derecha; luego venían los clinabaros, acompañado cada uno de un negro, tendiendo sus lanzas entre las orejas de los caballos, cubiertos de oro como ellos; más lejos estaban los soldados armados á la ligera con escudos de piel de lince y cuyas lanzas sobresalían de los venablos que llevaban en la mano izquierda; y por último, los tarentinos, guiando dos caballos, formaban los extremos de las dos alas.

El ejército de los bárbaros no había podido permanecer alineado; en la extensión exorbitante había ondulaciones y vacíos; todos respiraban anhelosamente sofocados por la carrera.

La falange adelantó pesadamente enfilando sus lanzas, y bajo su enorme peso, la línea de los mercenarios, harto endeble, cedió por el centro.

Entonces se desplegaron las alas cartaginesas, seguidas por los elefantes; la falange cortó en dos mitades á los bárbaros con sus lanzas tendidas oblicuamente; las alas acosaban á los soldados de Spendio á flechazos y pedradas, y éste ordenó que se atacase simultáneamente á la falange por ambos flancos para desbaratarla; pero las filas más estrechas se deslizaban por las más amplias y la falange se revolvió contra los bárbaros, tan terrible en sus lados como lo había sido por el frente.

Golpeaban sobre el asta de las lanzas; pero la caballería, atacándoles por retaguardia, les impedía afirmar el asalto; y la falange, apoyada por los elefantes, se estrechaba ó ensanchaba conforme á la naturaleza del terreno, formando un cuadro, un triángulo, un rombo, un trapecio, una pirámide; un movimiento interior le removía de la cabeza á la cola, pues los que estaban en las últimas filas acudían á las primeras, y los que formaban en éstas por cansancio ó heridas, se retiraban; las lanzas se inclinaban y levantaban alternativamente; se veía un continuo fulgurar de espadas desnudas, y la caballería cargaba sin cesar contra aquel mar de hierro. Los heridos se defendían con sus escudos; tendían la espada apoyando el puño contra el suelo, y otros, revolcándose en charcos de sangre, mordían los talones de los combatientes; la multitud era tan compacta, el polvo tan espeso, tan grande el tumulto, que nada podía distinguirse; á los cobardes que quisieron rendirse, ni siquiera se les escuchó. Cuando las manos quedaban sin armas, empezaba una lucha cuerpo á cuerpo; los cuerpos crugían contra las corazas y los cadáveres colgaban con la cabeza hacia atrás entre los brazos crispados. Una compañía de sesenta hombres de la Umbría, firmes sobre sus jarretes, con la pica delante de los ojos, incommovibles y rechinando los dientes, obligaron á retroceder á dos cuadros á la vez. Pastores épictas corrieron al escuadrón de los clinabaros y cogiendo á los caballos por la crin, voltearon sus bastones; los animales, derribando sus ginetes, huyeron por la llanura.

Los honderos únicos no podían intervenir en aquella lucha, á menos de herir á sus propios compañeros. La falange comenzaba á oscilar, vociferaban los capitanes, las filas se estrechaban con dificultad, y los bárbaros atacaban cada vez con más ímpetu; su empuje era tremendo; la victoria era para ellos. De repente un grito, un espantoso grito, un rugido de dolor y cólera, se levantó de las filas de los bárbaros; eran los setenta y dos elefantes que se precipitaban entre ellos, formados en doble fila; los indios los espoleaban tan vigorosamente, que la sangre corría por sus orejas; sus trompas embadurnadas de nimio, erguíanse en el aire parecidas á culebras rojas; en el pecho llevaban un cuerno de hierro; en los lomos una coraza y sus colmillos estaban alargados por hojas de hierro, corvas como sables; y para hacerles más feroces, se les había embriagado con una mezcla de vino puro y de incienso.

A fin de resistir mejor su empuje, los bárbaros se lanzaron sobre ellos en filas compactas, los elefantes se echaron impetuosamente sobre ellos; los espolones de su pretal, como proas de navío, hendían las cohortes; con las trompas ahogaban á los hombres, ó levantándolos del suelo los entregaban á los soldados de las torres; con sus colmillos los despanzurraban, los lanzaban al aire, y entrañas palpitantes pendían de ellos, como los rollos de cuerdas que cuelgan de los mástiles. Los bárbaros procuraban reventarles los ojos, cortarles los jarretes; otros, deslizándose bajo su vientre, les hundían la espada hasta el puño y perecían aplastados; los más intrépidos se colgaban de sus correas y bajo las llamas, bajo las flechas, continuaban aserrando el cuero, y la torre de mimbres se derrumba-

ba como una torre de piedras. Catorce de los que estaban en el ala derecha, irritados por las heridas, retrocedieron; entonces los indios cogieron el escoplo y el martillo, y aplicando aquél sobre la nuca, dieron un gran golpe; los enormes animales cayeron unos sobre otros. En aquel hacinamiento de cadáveres y de armaduras, un elefante monstruoso, llamado *Furor de Baal*, cogido por la pata entre cadenas, gritó desesperadamente hasta la noche, pues tenía una flecha en un ojo.

Sin embargo, los otros, como conquistadores que se deleitaban en el exterminio, derribaban, aplastaban, pisoteaban á los heridos y á los moribundos. Para rechazar á los manipulos que se apiñaban en derredor suyo, giraban sobre sus patas traseras, adelantando siempre. Los cartagineses sintieron avivar su ardor y la batalla comenzó de nuevo.

Los bárbaros cedían; los griegos tiraron sus armas, y los demás, al ver el mal ejemplo, se asustaron. Spendio huía inclinado sobre el cuello de un dromedario; entonces todos se precipitaron hacia Utica.

Los clinabaros, cuyos caballos estaban rendidos, no trataron de perseguirlos; los ligurios, extenuados por la sed, querían ir hacia el río. Los cartagineses que combatieron en el centro, y que habían sufrido menos, se desesperaban viendo que no podían completar su venganza. Iban á perseguir á los mercenarios. Hamílcar apareció.

Con las riendas de plata contenía á su caballo fatigado cubierto de sudor; las tiras que pendían de los cuernos de su casco, ondeaban al viento y traían bajo su muslo izquierdo el escudo oval. Con un movimiento de su lanza de tres puntas detuvo el ejército.

La falange exterminó á todos los bárbaros que aún resistían; algunos se defendieron, pero se les mató desde lejos bajo una nube de piedras, como si fueran perros rabiosos. Hamílcar había recomendado que se hicieran prisioneros; pero los cartagineses dudaban en obedecerle, ansiosos de hundir sus espadas en el cuerpo de los bárbaros.

Anocheció. Los cartagineses y los bárbaros habían desaparecido. Los elefantes fugitivos corrían á lo lejos con sus torres incendiadas, que ardían aquí y allá como faros ocultos entre la niebla; á lo lejos se veía sobre la llanura la ondulación del río que empujaba los cadáveres al mar.

Dos horas después llegó Matho; á la luz de las estrellas vió montones de hombres tendidos en tierra; eran hileras de bárbaros; inclinóse y vió que todos estaban muertos; llamó con voz estentórea, pero nadie le contestó.

Por la mañana había abandonado á Hippo Zaryta con sus soldados para marchar contra Cartago. En Utica el ejército de Spendio acababa de desaparecer y los habitantes incendiaban las máquinas de guerra.

Todos se habían batido con zaña; pero como Matho, para llegar más pronto, se adelantó por las montañas y los bárbaros huyeron por la llanura, no tuvo noticia de la derrota, hasta que se encontró en lo que había sido campo de batalla.

A su frente, más allá del río, veía al nivel del suelo unas luces inmóviles; eran los cartagineses que se retiraban detrás del puente, cuyas avanzadas había colocado el Suffeta en la otra orilla para engañar á los bárbaros. Matho, adelantando sin cesar, creyó ver las insignias púnicas, pues distinguía en el aire cabezas de caballos que no se movían; oyó también un gran rumor, ruido de canciones y de copas que chocaban.

Entonces, no sabiendo dónde estaba ni cómo hallar á Spendio, se volvió por el mismo camino. Apuntaba el alba y á su luz vió á lo lejos la Ciudad y á su alrededor los despojos de las máquinas ennegrecidas por las llamas, como esqueletos gigantescos apoyados contra las murallas.

Todo reposaba en un silencio extraordinario. Entre los soldados había hombres semidesnudos que dormían tendidos de espaldas ó con la frente apoyada en los brazos; algunos quitaban de sus piernas tiras de tela ensangrentadas. Los moribundos movían lenta-

mente la cabeza, y otros, arrastrándose, les traían agua. A lo largo de los senderos estrechos, los centinelas caminaban para calentarse, ó con el rostro vuelto hacia el horizonte permanecían quietos con la lanza sobre el hombro, en actitud feroz.

Matho halló á Spendio bajo una tienda desgarrada, con la rodilla entre las manos y la cabeza baja.

Permanecieron largo rato sin hablar.

Por fin, Matho murmuró:

¡Vencidos!

Spendio contestó con voz sombría:

¡Sí, vencidos!

A las preguntas contestaba con ademanes desesperados.

Suspiros y estertores llegaban á ellos. Matho entreabrió la tienda; entonces aquel espectáculo le recordó otro ocurrido allí también, y dijo rechinando los dientes:

—¡Miserable, ya una vez!

Spendio le interrumpió:

—Tú tampoco estabas.

—¡Es una maldición —exclamó Matho,— pero un día ú otro, llegaré hasta él! ¡Le venceré, le mataré! ¡Ah! ¡Si hubiera estado allí!

La idea de haber faltado á la batalla, le desesperaba más que la derrota.

Se arrancó la espada del cinturón y la arrojó al suelo.

¿Cómo os han derrotado los cartagineses?

El antiguo esclavo se puso á contar la batalla y las maniobras. Matho creía verlas y se irritaba: el ejército de Utica, en vez de correr al puente, debió de atacar á Hamílear por retaguardia.

—¡Ah! ¡ya lo sé! —exclamó Spendio.—

Era preciso doblar tus filas, no comprometer los vélites contra la falange, dejar paso á los elefantes; en un momento debía cambiar la faz de la lucha.

Spendio contestó:

—He visto pasar á Hamílcar con un gran manto rojo, levantados los brazos, más alto que la polvareda, como un águila que vuela al lado de las cohortes; á cada señal de su cabeza, se estrechaban, se precipitaban; la multitud nos ha echado uno contra otro; cuando me vió, sentí en el corazón el frío de una espada.

Trataron de descubrir por qué el Suffeta había llegado cuando las circunstancias eran más desfavorables para los bárbaros; hablaron luego de la situación y para atenuar su falta ó para animarse á sí mismo, Spendio dijo que aún quedaba esperanza.

—Aun cuando no quedase nadie más, no importa —dijo Matho;— solo continuaré la guerra.

—Yo también —gritó el griego levantándose de un salto.

Caminaba á grandes pasos, centelleaban sus ojos y una extraña sonrisa contraía su rostro de chacal.

—¡Volveremos á empezar; no te alejes nunca de mí! no sirvo para las batallas á la luz del sol; el brillo de las espadas turba mi vista; es una enfermedad; he pasado bastante tiempo en el ergástulo; pero indicame murallas que escalar durante la noche, y entraré en las ciudadelas y los cadáveres estarán fríos antes de que canten los gallos!

Enséñame algo, un enemigo, un tesoro, una mujer, aun cuando fuere la hija de un rey, y llevaré tu deseo ante sus ojos. Me acusas de haber perdido la batalla, y sin embargo, la he ganado; confiesa que mi piara de cerdos me sirvió mejor que una falange de espartanos.

Y cediendo al deseo de realizarse y de tomar desquite, enumeró cuanto hiciera por la causa de los mercenarios.

—Yo soy —dijo— quien en los jardines del Suffeta empujó al galo; más tarde, en Sicca, les di ánimo, haciéndoles temer la venganza de la República. Giscón les perdonaba, pero yo no quise que los intérpretes hablaran. ¡Ah! cómo les salían las lenguas de la boca. ¿Te acuerdas? Te llevé á Cartago; he robado el Zaimph; te llevé á su casa; haré más aún; ya verás!

Y se echó á reir como un loco. Matho le miraba con los ojos dilatados; experimentaba malestar ante aquel hombre que á un tiempo era tan cobarde y tan terrible.

El griego añadió con tono jovial, chasqueando los dedos.

—¡Evohé! ¡Después de la lluvia, el sol! He trabajado en las canteras y bebido en una cratera que me pertenece bajo una tienda de brocado de oro como un Ptolomeo. La desgracia sirve para hacernos más hábiles. A fuerza de trabajo se doma la fortuna y ésta protege á los políticos. ¡Cederá!

Volvióse á Matho y tomándole un brazo:

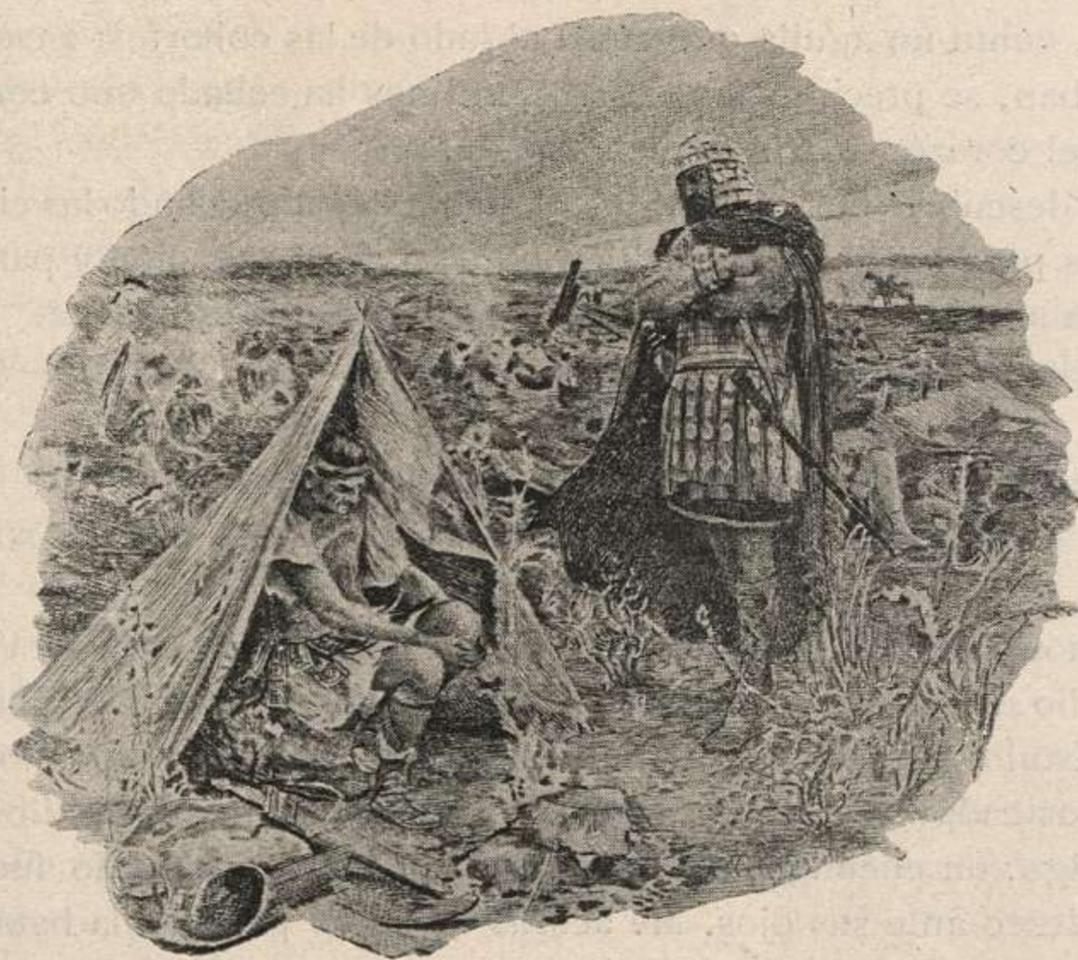
—Señor, ahora los cartagineses están seguros de su victoria; tienes un ejército que no se ha batido y tus hombres te obedecen; ponlos en la vanguardia; los míos, para vengarse, les seguirán; me quedan tres mil caballos, mil doscientos honderos, y arqueros, y cohortes enteras. ¡Hasta se puede formar una falange! ¡Volvamos!

Matho, aplastado por el desastre, no había decidido nada para repararlo. Escuchaba con afán, y las planchas de bronce que rodeaban su busto, se levantaban impulsadas por los latidos de su corazón.

Recogió su espada y gritó:

—¡Sígueme! ¡Adelante!

Pero las avanzadas anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido recogidos, que el puente estaba quemado y que Hamílcar, con sus tropas, había desaparecido.



“Revista Moderna de México”

MAGAZINE ILUSTRADO

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero.	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO

Director: JESUS E. VALENZUELA. Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

DIRECCIÓN: CORDOBANES NÚM. 2. APARTADO 49 BIS.

SUMARIO DEL NUMERO 3

TEXTO.

- El sentimiento religioso y la crítica.—José Enrique Rodó.
A una Citareda.—Rubén M. Campos.
El idilio de las serpientes.—Charles Baudelaire.
Lápida.—José M. Facha.
“Simona.”—Remy de Gourmont.
Los Paisajes Galantes.—José de J. Núñez y Domínguez.
Dedicatoria á la Primavera.—Manuel Ugarte.
Panoplia.—Abel C. Salazar.
Prosas Líricas.—Rubén Valenti.
Samurai.—Efrén Rebolledo.
El Regreso á la Patria.—X. X.
Insomnio.—Darío Herrera.
“Vendimias Juveniles.”—J. J. N. y D.
Las elegías del labrador.—Santiago Argüello.
Filosofícula.—La Rosa y la Espina.—Leopoldo Lugones.
Plenilunio.—Roberto Argüelles Bringas.
Juan Téllez.—A. C.
Crepusculares.—Emilio Valenzuela.
Muerte de un poeta.—Luis Bello.
Ojos verdes y trenzas rubias.—Rafael López.
El teatro en París.—E. Gómez Carrillo.
Folletín de “La Revista Moderna.”

GRABADOS.

- Agua Fuerte de Julio Ruelas.
Don Manuel José Othón.
Grupo decorativo para el ingreso principal del Palacio de Bellas Artes de Barcelona.
Boceto premiado.—Por los Hermanos Oslé.
Las Hijas de Satanás.—Por Rombaux.
Homenaje á Julio Ruelas.—Jorge Enciso.—1907.
Srita. Sara García Romero,
Rubén Darío.—Juan Téllez.
Juan Téllez.
Retrato por Juan Téllez.

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz que la quina contra Calenturas, Influenza, Debilidad y Anemia.



No exigen dieta.



A la vez que estimulan el apetito y producen sangre y fuerzas, destruyen todo germen de Malaria ó Paludismo sin ser purgantes

¡ HACEN CORRER A LAS CALENTURAS !

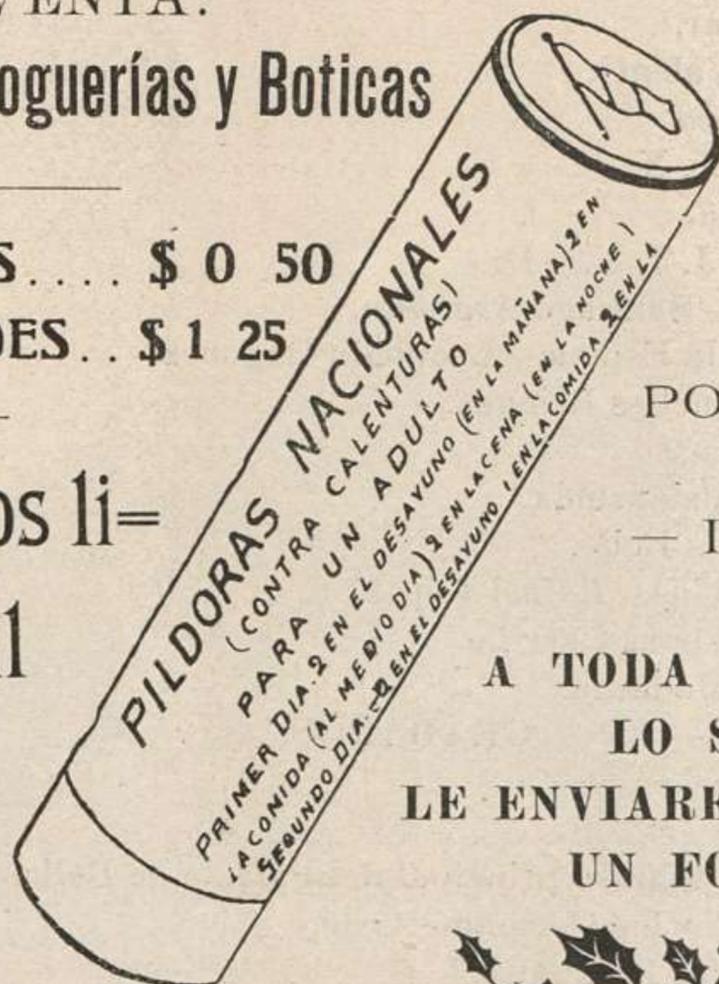
DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

CAJAS CHICAS . . . \$ 0 50

Id. GRANDES . . \$ 1 25

Descuentos liberales al Comercio



Las enviamos

á cualquier parte

POR CORREO

FRANCO

— DE PORTE —

A TODA PERSONA QUE
LO SOLICITE
LE ENVIAREMOS "GRATIS"
UN FOLLETO



Compañía de las Píldoras Nacionales

Primera de San Francisco Número 14